

Publicado en la Revista de Historia, Año 1, N^o 1, Mar del Plata, inicios de 2005.

Organizaciones de la sociedad civil, tradiciones cívicas y cultura política democrática: el caso de Buenos Aires, 1912-1976.

Luciano de Privitello y Luis Alberto Romero¹

Como en todas las sociedades urbanas de su tiempo, en Buenos Aires se desarrolló durante el “largo” siglo XIX un intenso movimiento asociativo. Asociaciones voluntarias de distinto tipo comenzaron a remplazar, en el armado y estructuración de las relaciones sociales, a las corporaciones propias del Antiguo Régimen, que en Hispanoamérica estuvo asociado con el régimen colonial. Esa evolución, que ha sido recientemente sintetizada², tuvo en esta ciudad, y en buena parte de la República Argentina, una inflexión peculiar debido al masivo proceso inmigratorio, que se aceleró en las últimas décadas del siglo XIX, y que forma parte central del proceso de modernización de la economía y la sociedad. Otros aspectos concomitantes de ese proceso fueron el desarrollo de la producción agropecuaria, la construcción de la infraestructura de transporte y servicios, el crecimiento urbano y el desarrollo del sistema educativo. Desde el punto de vista del asociacionismo, la inmigración estimuló la constitución de muchísimas asociaciones de base étnica, que agrupaban a los migrantes de las distintas regiones de países europeos por entonces mal integrados. Estas asociaciones, a la vez que mantenían algunos rasgos propios de las comunidades del origen, obraron como herramienta fundamental en la integración de los contingentes migratorios.

Desde principios del siglo XX, a medida que la sociedad se estabilizaba, y los hijos argentinos remplazaban a los padres inmigrantes, el tipo de asociacionismo fue variando y, sobre todo, se diversificó. La creciente complejidad y diferenciación de la sociedad se tradujo en nuevas asociaciones dedicadas a la defensa corporativa de intereses sectoriales. El uso del tiempo libre estimuló otras orientadas a la sociabilidad y el entretenimiento, como los clubes sociales y deportivos, o las bibliotecas populares, que oficiaron de agencias culturales. El acelerado crecimiento de algunas grandes ciudades, como es el caso de Buenos Aires,³ impulsó un tipo singular de asociaciones, formadas por vecinos interesados en el

¹ CONICET. Universidad Nacional de General San Martín. Universidad de Buenos Aires. Federico Lorenz y Claudia Touris han colaborado en la investigación de la segunda y tercera sección respectivamente. Parte de la investigación recibió el apoyo del El Council for Public Policy Education, CPPE, en colaboración con la Fundación Kettering.

² Roberto Di Stefano, Hilda Sabato, Luis Alberto Romero y José Luis Moreno, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en la Argentina, 1776-1990*. Buenos Aires, Gadis, 2002.

³ En 1880 Buenos Aires, hasta entonces capital de la provincia del mismo nombre, fue convertida en capital de la República y en Distrito Federal, subordinado al presidente de la Nación, que designaba su intendente. Su perímetro quedó definitivamente establecido poco después, al agregarse a su jurisdicción los pueblos de Belgrano y Flores. Durante las primeras cuatro décadas del siglo XX se produjo un notable proceso de urbanización que convirtió a la Capital Federal en un distrito exclusivamente urbano, un proceso que no se

progreso de su barrio, tanto en sus aspectos edilicios, que solían ser el principal impulso, como en la sociabilidad. Desde fines del siglo XIX, e impulsadas sobre todo por los nuevos medios de transporte, como el tranvía eléctrico, fueron surgiendo nuevos vecindarios, al principio aislados, pero luego interconectados hasta cubrir densamente el perímetro urbano. El proceso se prolongó, sin solución de continuidad, hacia los barrios de la periferia, el llamado Gran Buenos Aires.

Nuestras preguntas se refieren específicamente a las manifestaciones políticas de este movimiento asociativo. Recordemos que en la Argentina la consolidación del estado nacional era relativamente reciente: solo en 1880 concluyeron las guerras civiles y se afianzó una institución capaz de monopolizar el ejercicio de la fuerza y establecer un orden jurídico. Ese triunfo estatal coincidió con la aceleración de la gran transformación económica, que el estado dirigió y orientó, sin encontrar grandes resistencias de parte de una sociedad que estaba en pleno proceso de articulación. La elite dirigente pudo desarrollar con pocas trabas su programa de crecimiento económico, consolidación institucional y nacionalización, en un sentido parecido al de muchos gobiernos de su tiempo. Desde principios del siglo XX comenzaron a escucharse, con creciente nitidez, las voces provenientes de distintos ámbitos de la sociedad, que buscaban participar en ese proceso de construcción, a veces para definir matices, otras para enfrentarse firme o violentamente contra algunos de sus aspectos. Las que más claramente se escucharon fueron las provenientes de las organizaciones de tipo corporativo: empresarios de distinto tipo, organizaciones de trabajadores o de productores agropecuarios. Pero el fenómeno fue mucho más amplio, se manifestó en una pluralidad de ámbitos y alcanzó, finalmente, la esfera de la política.

En 1912, bajo la presidencia de R. Sáenz Peña, se sancionó la ley electoral que agregaba al ya existente sufragio universal masculino, su carácter de obligatorio y secreto. Hasta entonces los gobiernos habían podido manipular con libertad los comicios y producir los resultados; ambas cláusulas hicieron creíble el sistema y a la vez impulsaron firmemente a los habitantes para convertirse en ciudadanos de ejercicio pleno. La ley Sáenz Peña se sumó a la ley de Educación Común, de 1884, y a la de Servicio Militar Obligatorio, de 1902, en el encuadramiento del proceso de construcción de la ciudadanía. Pero la comprensión de este proceso requiere que, junto con la voz y la acción del estado, se considere otra proveniente de la propia sociedad y sus organizaciones. Nuestra hipótesis es que el asociacionismo, y

detuvo y continuó hacia los municipios adyacentes del Gran Buenos Aires, jurídicamente pertenecientes a la provincia de Buenos Aires. Sobre la historia de la ciudad: José Luis Romero y Luis Alberto Romero (dir). *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*. 2da ed. Buenos Aires, Altamira, 2000. James Scobie, *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1870-1910*. Buenos Aires, Solar, 1977. Jorge Liernur y Graciela Silvestri, *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993. Charles Sargent, *The spacial evolution of Greater Buenos Aires, 1870-1930*. Tempe, Arizona State University, 1976. Guy Bourde, *Buenos Aires: Urbanización e inmigración*. Buenos Aires, Huemul, 1977. Francis Korn, *Buenos Aires: los huéspedes del 20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974. Diego Armus (comp), *Mundo urbano y cultura popular*. Buenos Aires, Sudamericana, 1990. Adrian Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Bernal, Unqui, 1998. Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

particularmente el asociacionismo voluntario, tuvieron un papel decisivo en el rápido y exitoso proceso de aprendizaje de la democracia, y también en la definición de algunas de sus características, relevantes a la hora de explicar las singularidades, quizá podría decirse las serias deficiencias, del régimen político democrático.⁴

La pregunta acerca de esa relación es clásica. En 1835 Alexis de Tocqueville analizó la democracia norteamericana y encontró en el fuerte desarrollo del asociacionismo voluntario una de las claves más importantes para explicar por qué en los Estados Unidos la democracia no derivaba en la tiranía de la mayoría o en el “suave despotismo”, destino inevitable de la democratización en las sociedades europeas. Las asociaciones voluntarias eran la base sólida de la democracia porque en ellas se construía el espíritu público, la virtud. Las asociaciones no solo formaban ciudadanos calificados sino que operaban como control para las autoridades electas según el criterio de la voluntad popular. Si el sufragio ampliado abría las puertas a la mediocridad, aquellas aseguraban el predominio de una aristocracia de las almas, adecuada para que una sociedad igualitaria pudiera garantizar la libertad política. En suma, bajo un régimen democrático, aseguraban la supervivencia de la república.⁵

Sus ideas han tenido una vasta descendencia. Recientemente Robert Putnam las tradujo bajo la fórmula del “capital” cívico que las sociedades acumulan. Una larga experiencia de civismo en las ciudades del norte de Italia, que en los discursos llegaba a enraizarse en las comunas medievales y hasta en la tradición de la República romana, explicaría la sólida implantación de la democracia en el norte del nuevo estado italiano, tan diferente del sur. Hay una tradición del compromiso cívico, que a través del asociacionismo prepara para el ejercicio de la modera ciudadanía: las asociaciones son “escuelas de democracia”. Putnam piensa en asociaciones de muy diferente tipo. Más recientemente estudió el deterioro de las asociaciones de bowling, y la creciente costumbre de los estadounidenses de jugar solos, o con compañías ocasionales: “bowling alone” sería un indicio, para Putnam, del deterioro del vínculo asociativo, la retracción de la experiencia colectiva en la individual y, consecuentemente, el deterioro del espíritu cívico, que caracteriza a la actual democracia norteamericana.⁶

El argumento es atractivo, pero es indispensable encuadrarlo en el proceso histórico, observar las cambiantes situaciones y preguntarse si esa relación entre asociacionismo y

⁴ Sobre el marco histórico general de este proceso puede consultarse Luis Alberto Romero: *A History of Argentina un the Twentieth Century*. Tr. by James Brennan. The Pennsylvania University Press, 2002.

⁵ Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*. Ed. H. Mansfield and D. Winthrop. Chicago, 2000.

⁶ Robert. D Putnam, *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton University Press, 1993. Robert Putnam: *Bowling alone. The Collapse and Revival of American Community*. New York, 2000. Gerald Gamm and Robert Putnam: “The Growth of Voluntary Associations in America, 1840-1940”, *Journal of Interdisciplinary History*, 29, 1999, p. 511-57

democracia republicana ha funcionado siempre de la misma manera.⁷ En Europa y en América latina, a diferencia de los Estados Unidos, este proceso debe ser visto en paralelo con el paulatino y lentísimo retroceso de las formas de organización de carácter corporativo propias del antiguo régimen. Durante mucho tiempo el asociacionismo voluntario, construido sobre la base de la igualdad de la razón, ocupó espacios marginales y de combate, como lo eran, de manera muy característica, las logias masónicas. Allí creció y se desarrolló el liberalismo, en sus diversas variantes. En las décadas finales del siglo –con grandes diferencias según regiones- el nuevo asociacionismo ganó la batalla y se expandió plenamente: en vísperas de la Primera Guerra Mundial se llegó a la culminación de la “manía asociativa”.

Esa expansión fue acompañada de una creciente especialización: por ejemplo, la separación entre las asociaciones de tipo corporativo y las vinculadas con el entretenimiento y el tiempo libre. Por otra parte, la democratización de la sociedad, la creciente incorporación de nuevos contingentes a los beneficios de la vida urbana, introdujo distintos cortes en la práctica asociativa, religiosos, étnico-nacionales o simplemente clasistas: los obreros practican el remo por un lado y los burgueses por el otro. Finalmente, su creciente complejidad impulsó la formación de un grupo dirigente especializado.

Todo ello hizo más problemática la relación, antes natural, entre asociacionismo y búsqueda del bien común. En muchos casos, estas asociaciones se orientaron más bien a definir identidades y a desarrollar mecanismos de exclusión; su práctica cotidiana, destinada a la reproducción de un grupo dirigente especializado y eficiente, se apartó cada vez más del ideal de la “escuela de la democracia” republicana. En el siglo XX, las experiencias democráticas plebiscitarias, distanciadas del modelo liberal y republicano, como el fascismo y el nazismo, pudieron arraigar naturalmente en un mundo asociativo que no las rechazaba.

En suma, el asociacionismo puede haber sido una escuela de democracia, pero también una escuela de exclusivismo, intolerancia, burocratización y patronazgo. Probablemente ambos componentes integren, en proporciones variables, cualquier experiencia democrática. Esa es nuestra pregunta para el caso argentino. Desde 1912 comienza un largo diálogo entre las instituciones del régimen político y aquellas provenientes de la sociedad.

Vista en el largo plazo, las sociedades urbanas de la Argentina tuvieron, hasta las décadas de 1960 o 1970, una alta capacidad de integración. Buenos Aires y otras ciudades –y de un modo diferente las áreas rurales modernas- absorbieron primero la inmigración masiva del exterior; luego, las migraciones internas de las décadas de 1930 y 1940 y finalmente, hacia los años sesenta, la de los países limítrofes. En general, hubo para ellos empleo, y también educación gratuita y de buena calidad. Fue una sociedad muy móvil, en la que los hijos usualmente estaban mejor que los padres. En ese contexto, los conflictos sociales tuvieron aristas menos duras y definidas que en sus contemporáneas de Europa o de América Latina. En el contexto de la ley Sáenz Peña, esta sociedad generó nutridos contingentes de ciudadanos, muchos de ellos conscientes y educados. En un cierto sentido –precisamente el que usaba Tocqueville- se trató de una sociedad democrática. Sin embargo, los resultados institucionales de ese soporte –un régimen político democrático- fueron pobres.

⁷ Stefan-Ludwig Hoffmann: “Democracy and Associations in the Long Nineteenth Century: Towards a Transnational Perspective”, en *Journal of Modern History*, 75, June 2003, p. 269-299.

En este artículo examinaremos el funcionamiento de la política democrática en la ciudad de Buenos Aires, en su relación con las experiencias asociativas. La política en la ciudad tiene una característica especial, pues la designación de su Intendente, cabeza del Poder Ejecutivo, es prerrogativa del presidente de la República, mientras que los ciudadanos eligen a los miembros del Concejo Deliberante. Por esa y otras razones, la política de la ciudad estuvo íntimamente relacionada con el círculo más alto de la política nacional.

Lo consideraremos en tres momentos. El primero, entre la sanción de la ley Sáenz Peña y el golpe de estado de 1943, nos permitirá constatar la relación densa entre el mundo asociativo y la política, así como los límites de ese impulso ciudadano para definir un régimen político democrático; de hecho, este tuvo muy serias limitaciones entre 1930 y 1943. El segundo momento corresponde a la experiencia peronista, en la que confluyeron un fuerte impulso a la democratización social que se tradujo en la aparición de nuevos y diferentes ámbitos de sociabilidad, la construcción de un movimiento político nuevo, sobre bases no estrictamente liberal republicanas, y un gobierno con altísima capacidad de intervención en la sociedad y en la política. El tercer momento, a comienzos de la década de 1970, nos permitirá reflexionar sobre las consecuencias de la proscripción política del peronismo y el viciamiento de la política democrática, hasta su clausura en 1966, y sobre todo sobre un notable proceso de movilización social y política, de signo revolucionario, y su posible coexistencia con tradiciones cívicas democráticas. En el epílogo trazaremos las líneas de una experiencia democrática completamente diferente, iniciada al fin de la dictadura militar en 1983.

1. Sociedades de Fomento y democracia, 1912-1945

Como dijimos, la ley electoral de 1912 (ley Sáenz Peña) inició una etapa nueva en la política, caracterizada por el fuerte aumento de los sufragantes. La ley tuvo primero vigencia en la política nacional, y gradualmente las provincias adecuaron sus propias legislaciones a las características de aquella; en la ciudad de Buenos Aires esto ocurrió en 1917, cuando se estableció el Concejo Deliberante.

Desde 1912 los partidos políticos debieron encarar las cuestiones propias de la política de masas: el número, la organización, el programa o ideario y el liderazgo. La Unión Cívica Radical (UCR) fue el único partido que estableció una organización nacional con esas características, bajo la conducción de Hipólito Yrigoyen, quien ganó las elecciones presidenciales de 1916. Lo sucedió otro radical, Marcelo de Alvear, pronto enfrentado con Yrigoyen, quien volvió a la presidencia en 1928 y fue derrocado en 1930 por un golpe cívico-militar. En un contexto general de nuevas dificultades, derivadas de la Guerra Mundial y la ola de conflictos sociales de la posguerra, los gobiernos radicales introdujeron prácticas que, en mayor o menor medida, tensaron la institucionalidad republicana, provocaron la reacción de las otras fuerzas políticas e hicieron que muchos dudaran de las virtudes de la ampliación democrática. El enfrentamiento se polarizó en torno de Yrigoyen, e incluyó a la propia UCR, que se dividió.

En 1930, en el contexto de la crisis económica general, fue derrocado Yrigoyen. Al año siguiente hubo elecciones y se restableció la institucionalidad. Después de algunas dudas, se había optado por una salida que respetara la Constitución, siempre que, de un modo u otro, se asegurara que los radicales no ganarían otra elección presidencial. Hasta 1935 esto lo logró por la abstención de la UCR. Cuando en 1936 retornó a las elecciones, comenzó el período del fraude electoral desembozado, aunque en la ciudad de Buenos Aires, con

arraigada tradición cívica, esto fue poco significativo. Otra alternativa consistió en lograr el apoyo o la complacencia de la oposición radical a cambio de favores y concesiones que le permitieran a la UCR solventar los costos de la importante organización partidaria, la “máquina”. Algunas de estas concesiones se hicieron públicas. La corrupción, ampliamente denunciada, se sumó al deletéreo efecto del fraude para deteriorar el prestigio de las instituciones republicanas. Un dato significativo: en 1941 fue clausurado el Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, sin que hubiera importantes reacciones.

En suma, instituciones políticas, elecciones y partidos políticos sufrieron un intenso deterioro. Pero a la vez hubo una intensa politización, que circuló en parte por los partidos y en buena medida por otras instituciones, y que se manifestó ampliamente en los espacios y en los debates públicos. Fue la consecuencia de la creciente polarización ideológica del mundo, notable a lo largo de la década del '30, que encontró numerosos intérpretes y activistas locales, quienes tradujeron y adaptaron las respectivas posiciones a las circunstancias locales. Ambos fenómenos –desprestigio de los partidos políticos y movilización ideológica– concurren en el golpe militar de 1943, de orientación nacionalista y católica, que dio por terminado este primer ciclo de institucionalidad democrática.⁸

La marea fomentista

La historia del asociacionismo transcurrió por rumbos menos agitados que la política, y estuvo signada por los mencionados procesos de integración y movilidad. Construir una vivienda en alguno de los múltiples espacios libres de la ciudad constituyó una aspiración típica de quienes iniciaban, en la ciudad moderna, su carrera del ascenso. Nuevos vecindarios, surgidos en una ciudad que expandía su área construida, le dieron un renovado impulso y sentido al vasto movimiento asociacionista previo. Las necesidades generadas por la situación de frontera de los nuevos vecindarios –a menudo un conjunto de casas en medio de una zona baldía– invitaba a sumar esfuerzos. Así, durante los años de entreguerras se fundaron asociaciones de todo tipo, como sociedades vecinales (neighbourhood associations), clubes, periódicos barriales, bibliotecas. Entre ellas, las asociaciones para el mejoramiento local (las *Sociedades de Fomento*) ocuparon un lugar fundamental, pues a lo largo de los años veinte se convirtieron, en tanto representantes de los vecinos de los nuevos barrios, en interlocutoras privilegiadas de las autoridades municipales.⁹

En su zona de influencia, las sociedades de fomento se proponían el mejoramiento edilicio, el impulso a la sociabilidad y, en general, el progreso social y cultural. En los objetivos declarados por una de ellas se encuentra:

a. Velar por el mejoramiento edilicio, por el cumplimiento de las ordenanzas municipales y patrocinar mejoras en los servicios públicos. b. Cooperar en la organización de los

⁸ Ricardo Falcón (director), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas. Nueva Historia Argentina*, Tomo VI. Buenos Aires, Sudamericana, 2000. Alejandro Cattaruzza (director), *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*. Ibídem, Tomo VII, 2001.

⁹ Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política*. Adrián Gorelik, *La grilla y el parque*. Luciano de Privitellio: *Vecinos y ciudadanos, sociedad y política en la Buenos Aires de entreguerras*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores Argentina, 2003.

*servicios de asistencia social, en la difusión de la cultura intelectual, física y moral del vecindario. c. Organizar conferencias, veladas u otras fiestas de carácter social como modo de contribuir a la mayor sociabilidad de la zona y a beneficio exclusivo de la Asociación.*¹⁰

La propuesta tuvo mucho éxito. Durante los años de entreguerras el número de sociedades no dejó de crecer, a punto tal que en 1934 la Municipalidad había reconocido a 125 de ellas. Este número, sin embargo, sólo indica la cantidad de sociedades que habían alcanzado cierta solidez y estabilidad, pues hubo muchísimas otras que naufragaron en los primeros años de existencia. Generalmente sus orígenes eran muy modestos, lo que podía derivar en un rápido fracaso y en la disolución de la institución. Un síntoma de la precariedad de las sociedades era las dificultades que encontraban para acceder a una sede social propia. Muchos clubes barriales y sociedades vecinales establecían su sede en la casa de alguno de sus fundadores; en otros casos el local era alquilado. Llegar a tener una sede propia se convirtió en un momento decisivo en la memoria de estas instituciones, tanto como el de la propia fundación.¹¹

Otro índice de estabilidad era la posesión de una biblioteca. La presencia física de la biblioteca y los libros remite a una singular valoración que en la época se daba a la cultura establecida, la cultura de la gente culta. Adquirir aunque sea una parte del capital cultural constituía uno de los testimonios más valorados del progreso social, algo relacionado, por otra parte, con el enorme prestigio de la educación pública. Además de acumular libros, y eventualmente prestarlos, las bibliotecas eran el centro de una intensa actividad cultural, que incluía a los vecinos y también a quienes, a través de conferencias o quizá de conciertos, traían al barrio las mejores expresiones de la cultura culta. Tales actividades conformaban una suerte de ritual, que servía para la distinción de quienes participaban en él respecto del resto de los habitantes del barrio.

Bibliotecas, libros, conferencias, periódicos, contribuyeron a que circulara por estos ámbitos barriales un tipo singular de mensaje cultural, que se originaba en los ámbitos intelectuales definidos como liberales, progresistas o socialistas, embarcados por entonces en una suerte de programa de acercamiento de la cultura al pueblo. A través de ellos llegaban al barrio, junto con los frutos de la cultura consagrada, ideas, debates y propuestas vinculadas con nuevas experiencias y problemas sociales, característicos del mundo de entreguerras. Quienes participaban en esa vida –el núcleo más activo del fomentismo– pudieron conformar una visión propia de los problemas sociales y políticos, que en otro contexto podrían volcar en su práctica política. A la vez, estas asociaciones barriales tenían formas de gestión participativas: los vecinos se entrenaban en las artes de hablar en público, escuchar y discutir, formular propuestas, argumentar sobre ellas, negociar con otras propuestas, es decir todas las habilidades necesarias para la práctica de la nueva política, para la cual estos “ciudadanos educados” estuvieron particularmente capacitados.

Las sociedades de fomento tuvieron también una sólida presencia en la sociabilidad barrial: además de las actividades estrictamente culturales realizaban todo otro tipo de eventos, a los que convocaban a los vecinos, fueran o no socios. Había "veladas danzantes", especialmente

¹⁰ Estatuto de la Sociedad de Fomento 25 de Mayo del barrio de Mataderos (1936). Citado por Javier Winokur "Mataderos" (inédito).

¹¹ En ocasiones fue la propia Comuna la que se hizo cargo de este problema; por ejemplo, su contrato con la Compañía de Construcciones Modernas contenía una cláusula que obligaba a destinar una casa para uso de una sociedad vecinal.

durante los festejos de las fechas patrias, jardines y patios de juegos, dictado de cursos de capacitación, en especial para el público femenino, asesoramiento legal y salas de primeros auxilios. Las revistas, los diarios y los boletines, que publicaban en abundancia las asociaciones, no solo informaban sobre sus actividades sino que servían para canalizar las aspiraciones literarias de los socios. Todo ello permitía instalar a la asociación en la sociedad barrial, más allá del estrecho círculo de los socios cotizantes.

A través de estas actividades, los militantes fomentistas creaban y recreaban su propia idea acerca de la constitución y la identidad del barrio y, junto con ello, del lugar preponderante que en ese fragmento de sociedad le correspondía a la asociación y a sus activistas. Esta situación le servía también para sostener su pretensión de ser representantes de todos los vecinos del barrio. Así, el núcleo de los “vecinos conscientes” comenzó a definirse como una elite barrial, y a proteger su lugar. La cooptación comenzó a constituirse en un mecanismo normal, quizás asumido de manera no consciente. Por un movimiento inverso al de su constitución, las asociaciones barriales tuvieron también un impulso a cerrarse en sí mismas, a burocratizarse.

Ninguna de las actividades vinculadas con la sociabilidad o la cultura alcanzó la importancia que estas sociedades asumieron canalizando los reclamos edilicios de su zona frente al municipio. La existencia de necesidades que podían ser convertidas en reclamos explica la explosiva reproducción de las sociedades de fomento a partir de los últimos años de la segunda década del siglo. Durante los años veinte, los principales partidos con representación en el Concejo Deliberante reconocieron esta importancia al punto que decidieron conceder a algunas de estas sociedades un estatuto administrativo dentro de la legislación comunal como representantes exclusivas de radios limitados de la ciudad. Los dirigentes fomentistas se especializaron en la compleja tarea de gestionar ante las autoridades y ante sus representantes políticos, lo que los llevó a involucrarse en la política. A la vez, esa nueva habilidad contribuyó a su constitución como elite relativamente cerrada.

El partido político en el barrio

En Buenos Aires, desde la implantación de la ley Sáenz Peña, dos partidos políticos ejercieron una hegemonía electoral casi absoluta: la UCR, que a lo largo de los años veinte fue consolidando su lugar como partido mayoritario, y el partido Socialista (PS). Diferentes opciones conservadoras se presentaron a elecciones, aunque por lo general sin poder quebrar esta hegemonía. En parte esto se debe al modo en que estos partidos y sus estructuras organizativas se insertaron en el universo de la sociabilidad barrial: la estructura de los partidos en su nivel más básico y celular, la vinculación de estas células con las asociaciones barriales, y también la existencia de un universo intermedio, que en parte estaba vinculado con el asociacionismo civil y en parte acompañó a los partidos, sin pertenecer institucionalmente a ellos.

Los partidos políticos más importantes organizaron en cada una de las veinte secciones electorales de la ciudad un comité o centro seccional, que era la base de la pirámide partidaria. Pero los partidos completaban su red con un amplio conjunto de subcomités, locales y bibliotecas, cuya presencia se hacía sentir en cada mínimo rincón de la ciudad. Estos solían llevar el nombre del barrio o vecindario al que pertenecían, con lo que hacían su contribución, junto con las asociaciones voluntarias, a la conformación de la identidad barrial. Para los partidos, se trataba de ponerla en función de la propia identidad partidaria y, en definitiva, de la recolección de votos: para ello, se hacía imprescindible desplegar una fuerte presencia en el conjunto de las actividades del vecindario.

Es conocido el caso de los socialistas, cuya participación en actividades asociativas y culturales empalmaba perfectamente con el propio modelo de partido socialdemócrata vigente en el mundo.¹² Probablemente el número de locales radicales era aún mayor, no tanto por razones de principio, como en el caso de los socialistas, sino prácticas: la presencia en los barrios era determinante para ganar votos. En los locales radicales se establecían estrechos contactos con los vecinos a través de cursos de todo tipo, asesoramientos legales o consultorios médicos, y hasta la provisión de productos de primera necesidad a precios económicos. Pero además, los militantes radicales tenían menos reparos que los socialistas a la hora de vincularse personalmente con las asociaciones barriales, como lo demuestra el caso de las sociedades de fomento y el de muchos clubes populares que contaban con reconocidos radicales en sus comisiones directivas. Luego de 1935, en un contexto de fuerte debate interno y de deliberación, se fundaron numerosas bibliotecas y ateneos culturales, a las que se sumaron las fundadas por las autoridades partidarias en cada uno de los comités del partido, con lo cual todos los barrios de la ciudad tuvieron alguna biblioteca radical.

Los comités seccionales y demás locales partidarios eran el primer eslabón de las máquinas electorales partidarias y a la vez el primer peldaño de las carreras personales, en particular para la nueva dirigencia que comenzaría a hacer de la política partidaria un camino para el ascenso social. La vinculación de estos niveles mínimos de los partidos con el universo de la sociabilidad barrial fue múltiple: los propios partidos trascendían su actividad específica para incursionar en otras formas asociativas, y a la vez, los propios dirigentes y militantes solían alternar su presencia en una u otra esfera. Para un amplio conjunto de dirigentes, organizadores y militantes, su experiencia participativa en el barrio transcurría alternativa o simultáneamente y sin conflictos entre instituciones asociativas o partidarias.¹³ Un caso característico es el del concejal José Rouco Oliva (socialista, primero; luego socialista independiente, y finalmente, conservador), que así se presentaba:

He merecido el título de hijo adoptivo de Belgrano; presidente honorario de la Asociación de Fomento de Villa Ortuzar y del Club Ciclista Nacional; primero y único socio honorario de la Asociación de Fomento General Alvear, de Caballito Norte; socio honorario de la Unión Vecinal de Vélez Sársfield; socio honorario de la Asociación de Fomento Amigos de Martínez, pueblo vecino de la Capital, en el que resido; socio honorario de la Cruz Roja Brasileña.¹⁴

¹² En ocasión de los comicios de noviembre de 1931, la estructura del partido contaba con 117 locales (41 centros y 76 subcomités); dependían directamente de estos centros 47 bibliotecas, 14 centros culturales, 11 centros femeninos y 34 centros juveniles. *XXI Congreso Ordinario (XXVII Congreso Nacional). Informes. Comité Ejecutivo Nacional. Grupo parlamentario. Comisión de Prensa.* 1932.

¹³ Pedro Bidegain, destacado dirigente de la UCR, fue presidente del club San Lorenzo de Almagro y miembro fundador del Club Mariano Boedo. En Palermo, Julián Sancerni Giménez, Emilio Ravignani y Enrique Descalzo tenían una estrecha relación con sociedades como la Biblioteca Social y Deportiva "Juventud y la Asociación Vecinal Alvarez Thomas. En Liniers, Nicolás Guereño fue presidente de la sociedad de fomento local. En el partido Socialista había también dirigentes vinculados con el asociacionismo barrial. De Privitellio, *Vecinos y ciudadanos.*

¹⁴ *Versiones Taquigráficas del Honorable Concejo Deliberante*, 23 de septiembre de 1941. Rouco Oliva también fue presidente de la influyente Asociación Los Amigos de la Ciudad.

Los dirigentes de las asociaciones, sin necesidad de afiliarse a un partido, en ocasiones se vinculaban activamente con ellos.¹⁵ Otras veces las relaciones eran menos directas: era habitual que los dirigentes partidarios realizaran conferencias en sociedades vecinales, luego reproducidas en los periódicos barriales. Por último, la institución de la visita o gira de los concejales permitía desarrollar fluidos contactos entre los legisladores y las principales fuerzas vivas del barrio. Para garantizar el suceso de estas giras, los comités locales trabajaban activamente en la convocatoria de los vecinos para que manifestaran sus problemas y reclamos.

La militancia social y la partidaria implicaban una común práctica, con mucho de vocacional, y también tareas burocráticas y organizativas parecidas. Así, muchos de los que estaban dispuesto a enfrentar los trabajos políticos del comité encontraban natural prolongarlo en los ámbitos de las asociaciones barriales y viceversa. Por otra parte, para realizar una carrera política era fundamental ocupar algún lugar en la red de sociabilidad barrial, y acumular prestigios que podían convertirse en capital electoral.¹⁶ Un caso significativo es del concejal José Penelón, quien, a fuerza de recorrer sociedades de fomento, clubes y otras asociaciones, y de llevar al HCD cada uno de sus reclamos, ganó el prestigio suficiente como para mantener su banca durante casi dos décadas.¹⁷

El circuito barrial era decisivo a la hora de reunir votos. Por eso, los miembros del Concejo Deliberante solían retomar sin más los reclamos de cada una de las sociedades de fomento convirtiéndolos en proyectos de Ordenanza. Muchos de esos proyectos eran luego olvidados, y otros se aprobaban pero no se ejecutaban. Pero su sola presentación -acompañada por la carta de reclamo y apoyo de la respectiva sociedad fomento- le permitía al concejal y a su partido figurar como representantes preocupados por el adelanto del barrio.

Desde 1916, la disponibilidad de los recursos de la administración municipal le permitió a la UCR volcarse con más rapidez y eficacia hacia las entidades barriales, entre las que conquistó un rápido y amplio apoyo, que se mantuvo en las décadas siguientes, aunque en competencia con los socialistas. La relación del PS con las sociedades de fomento en la década de 1920 fue algo contradictoria: por un lado, reconoció en ellas a los voceros legítimos de los vecinos, aunque a la vez las consideraban como una parte de la “política criolla”, que condenaba.

¹⁵ Algunos ejemplos. Jorge del Río, presidente de la Sociedad Bernardo de Monteagudo, estuvo cercano al socialismo y luego al grupo FORJA; Pedro Gianotti, director del periódico *Boedo* (del barrio homónimo) estaba vinculado con dirigentes del radicalismo; Francisco Vignolo, presidente de la Sociedad de Fomento de Barracas, sostuvo una de las agrupaciones independientes que apoyó al general Justo en 1931, y luego fue candidato a concejal en 1932 por una fracción del radicalismo antipersonalista. De Privitellio, *Vecinos y ciudadanos*.

¹⁶ En ocasión del fallecimiento del diputado radical y caudillo de Parque Patricios, Alberto Podestá, destacaba el periódico local: “Como vecino era siempre uno de los entusiastas propulsores de la zona. Fundador de la vieja Asociación de Fomento, miembro del Consejo Escolar, presidente de varias cooperadoras escolares, dirigente deportivo, organizador de festejos patrios y populares, colaborador de todos los actos culturales y poseedor de un espíritu bienhechor a toda prueba”. *Boedo*, 31 de octubre de 1939.

¹⁷ Penelón formó su propio partido, y obtuvo siempre más votos que el partido Comunista, al que había pertenecido previamente. De Privitellio, *Vecinos y ciudadanos*.

Esta actitud vacilante comenzó a modificarse hacia fines de la década y cambió radicalmente luego de 1930. Ausente la UCR, que hasta 1935 se abstuvo en las elecciones, el PS trató de ocupar su espacio electoral, captando la adhesión de estos cuadros barriales. A la vez, la situación internacional movió al socialismo a tratar de captar en esos ámbitos de la sociedad civil apoyos para el frente antifascista. El desafío fue tomado por los radicales cuando levantaron la abstención; preocupados por robustecer la estructura partidaria, impulsaron la aprobación indiscriminada de subsidios para las sociedades de fomento, clubes, sociedades vecinales y cooperadoras escolares relacionadas con el aparato radical, lo que constituyó una herramienta muy eficaz de patronazgo.

Igualmente estrechas eran las relaciones entre las redes de sociabilidad urbana y la multitud de pequeños partidos que se presentaban especialmente para los comicios municipales. A diferencia de los anteriores, éstos muchas veces eran expresiones políticas de asociaciones civiles preexistentes: partidos fomentistas, gremiales, comerciales, deportivos, médicos, etc. Lo más habitual era que se utilizaran los mismos locales comerciales o las sedes de las sociedades que les habían dado origen, para convertirlos en improvisados comités y centros de propaganda. Una mención especial merecen los almacenes y panaderías, siempre adheridos a uno u otro partido, que aprovechaban su sólida inserción en las comunidades barriales para hacer campañas políticas.¹⁸ La presencia de estos sitios informales explica por qué los pequeños partidos lograban tener al menos un local por sección electoral y, en algunos casos, podían ufanarse por tener 50 y hasta 90 locales en toda la ciudad.¹⁹

Incluso en las propias elecciones presidenciales es posible observar este fenómeno. Un caso notable es el apoyo reunido en 1931 por el general Agustín P. Justo entre una multitud de estructuras y agrupaciones autónomas que respaldaban su candidatura y que sólo pudieron ser unificadas bajo el apelativo de “independientes”. Aunque Justo llegó a contar con el apoyo de importantes organizaciones políticas –conservadores, socialistas independientes, radicales antipersonalistas- creyó necesario hacer sentir su presencia en la opinión independiente; así, hizo abrir comités extrapartidarios que, con el nombre de Centros Cívicos –también una Agrupación Popular-, proclamaron su candidatura. Pronto surgieron apoyos más espontáneos: un grupo de comerciantes de Flores agrupados en la Unión Cívica de Empleados y Obreros; la Liga de Almaceneros fundó el Comité Independiente de Comerciantes e Industriales; la Unión de Comerciantes decidió volcar a favor suyo sus recursos: una revista, sus locales, dinero y trabajo. En poco tiempo, con el impulso de Justo pero superando largamente su iniciativa, un conjunto de locales autodenominados independientes proclamaron su candidatura. Mientras, los comités independientes comenzaron a multiplicarse, de manera más espontánea y desorganizada; otras instituciones

¹⁸ En 1934 decía un partido comunal, la Unión de Contribuyentes Municipales: “Entre los industriales y comerciantes reina un gran optimismo con respecto al resultado de la elección... Fundan sus esperanzas más que en la propaganda de conjunto en la acción individual, en los almacenes, negocios de toda índole, establecimientos fabriles, etc.” *Crítica*, 19 de enero de 1934.

¹⁹ Tal era el caso, respectivamente, de la Agrupación Nacionalista del Transporte y de la Industria, y del Partido Salud Pública. (*El Diario*, 6 de enero de 1932; *Crítica*, 21 de noviembre de 1926). En ocasión de los comicios municipales de 1928 y 1932 concurrieron 28 y 33 partidos. Puede imaginarse imaginar una ciudad abarrotada de locales partidarios, junto con comercios y asociaciones devenidos en improvisados comités. De Privitellio, *Vecinos y ciudadanos*.

comenzaron a sumarse al proselitismo pro-justista, sin adoptar una forma política: entidades étnicas, clubes, sociedades de fomento, centros culturales y hasta grupos informales como la “muchachada de Salcedo y Castro”. Los obispos católicos, en disputa con los socialistas, se volcaron a la campaña y hasta algunas parroquias se transformaron en verdaderos comités.

Así, las campañas electorales movilizaban estructuras que no eran específicamente políticas, y a la vez multiplicaban los esfuerzos de los partidos por imponer su presencia en la ciudad. Pero esa presencia no se limitaba a las campañas: en muchos casos se trataba de instituciones sociales que durante todo el año se dedicaban a sus fines específicos. Tal práctica, que era habitual antes de la aparición de los partidos organizados, subsistió en este nuevo contexto electoral, contra las expectativas de quienes impulsaron la reforma de 1912. Junto con los locales de los partidos, siguieron apareciendo una multitud de locales más o menos autónomos, más o menos dependientes de alguna figura de partido, a veces instalados sobre asociaciones preexistentes, que apoyaban a uno u otro candidato. Las relaciones de estas estructuras con los partidos eran estrechas y débiles a la vez: generalmente tenían alguna relación con un dirigente barrial, pero a la vez no dependían de la dirección de ningún partido. En todos los casos eran presentados como una expresión de la movilización “espontánea” de la sociedad a favor de uno u otro candidato.

La política de los apolíticos

Los lazos entre el asociacionismo barrial y los partidos eran múltiples y por demás evidentes; sin embargo, habitualmente fueron contemplados por sus protagonistas bajo la estricta condición de la prescindencia política. Prácticamente sin mayor excepción, el desarrollo de cualquier actividad que involucrara a las sociedades barriales tenía como condición ineludible abandonar –al menos momentáneamente– toda idea o tendencia política. Este valor se extendía más allá de las instituciones y pasaba a formar parte de la definición de la comunidad de los vecinos que conformaban un barrio. Incluso cuando existía una militancia conocida, la norma era negar enfáticamente que ésta influyera en su comportamiento en el ámbito del asociacionismo barrial. En cuanto se atravesaba la puerta de la asociación era de rigor mostrar que se había abandonado toda preferencia partidaria.²⁰

La violación de la prescindencia en el ámbito vecinal solía ser una herramienta retórica en la lucha política, de la que cada parte hacía un uso libre. En 1936 el Intendente Mariano de Vedia y Mitre, enfrentado con varias sociedades de fomento en la que los socialistas tenían preponderancia, aprobó un decreto que apuntaba a atacar la organización política de estas sociedades. Los socialistas, que al respecto tenían una posición ambigua, respondieron denunciando que se estaba haciendo un uso político, en sentido conservador, de esa prescindencia, y por añadidura declararon que el mismo Intendente estaba violando descaradamente la supuesta apoliticidad de las sociedades.²¹ Los dirigentes barriales y

²⁰ Así lo expresó el concejal radical A. Bullosa al iniciar una conferencia en el Rotary Club de Boedo: *Respetuosos de la tradición -y de la civilidad- que mandan llegar inerme a la mesa del convite, he dejado en la puerta lanza y daga. No soy pues en esta ocasión feliz, el militante político, ni las ideas que me inspiran -y que expondré- responden a tendencias principistas en controversia.* Boedo, 30 de abril de 1939.

²¹ Según el concejal socialista Héctor Iñigo Carrera: *...precisamente el primer intendente de Buenos Aires que se atrevió al intento fructuoso de introducir en las beneméritas entidades barriales, que propenden al progreso edilicio sin distinguos excluyentes en materia política, sórdidas prácticas ensayadas -felizmente sin éxito- en reiteradas oportunidades. Impidió un*

fomentistas apelaban a la prescindencia de la política para legitimar sus reclamos o para atacar aquellos que no compartían. En el seno del Concejo Deliberante, unos y otros se acusaban de intenciones políticas para retrasar la aprobación de una ordenanza, y el mismo Intendente usaba ese argumento, contraponiendo el vicio político con la ejecutividad, cuando enfrentaba en el Concejo una mayoría adversa.

El valor de la prescindencia de la política remitía a diversas tradiciones. La primera es la línea del municipalismo del siglo XIX: a partir de la distinción entre política y administración se pensaba que el municipio era una corporación de la sociedad civil que no admitía la política en su seno. Por otra parte, en el marco de la crisis ideológica de posguerra, esta mirada empalmaba con otra crítica más general que abominaba de los partidos y los parlamentos: se trataba de desplazar la deliberación en nombre del nuevo valor de la acción. Pero también tenía raíces en una concepción política de la democracia, precisamente la que había caracterizado la reforma de 1912: se trata de la concepción del ciudadano racional e independiente, luego el elector independiente, que participa en la política sin subordinar su independencia a las demandas partidarias. Finalmente, para el fomentismo vecinal, la apelación a la prescindencia de la política tendía a reforzar el lugar que estas sociedades tenían en las redes políticas y administrativas de la Comuna y los partidos políticos; se trataba de una marca de identidad y legitimidad, frente a la que podían aducir los partidos y el municipio.

Pero además, en todos los casos puede reconocerse una función del apoliticismo en las asociaciones y en la propia comunidad barrial: de un modo consensuado, delimitaba un espacio de actividades y legitimidades propios de la práctica asociativa. Esta delimitación no era el resultado de una separación efectiva de las esferas social y política sino, por el contrario, el testimonio de una proximidad estrecha entre ambas actividades, difícilmente separables en el análisis. Dijimos antes que en este período la lucha estrictamente política, la que en un momento dividió a la sociedad en partidarios y adversarios del presidente Yrigoyen, se desarrolló de un modo extremadamente faccioso: uno y otro bando negaron recíprocamente sus respectivas legitimidades, y el sistema de convivencia política estuvo a menudo a punto de fracturarse, tal como ocurrió en 1930, sin llegar luego a recomponerse completamente. Las asociaciones barriales estaban muy próximas a esta vida política facciosa y, de hecho, inmersas en ella. La alegada prescindencia de la política garantizaba un espacio de relativa cordialidad para unas instituciones que se desarrollaban a caballo entre la sociedad civil, las redes de los partidos y las instancias administrativas e institucionales de la Municipalidad.

2. Las unidades básicas y el peronismo, 1945-1955

Del golpe militar de 1943 emergió uno de sus jefes, el coronel Perón, que logró organizar un movimiento político exitoso con el cuál, luego de diversos avatares, se impuso en los comicios de 1946 al conjunto de sus rivales, nucleados en la Unión Democrática. En 1949

*derecho con el pretexto de impedir planteamientos de contenido político general e hizo la propia política. La política de los apolíticos, de los reaccionarios. /.../ Así se desparramaron -sin reparar en esfuerzos económicos- fotografías personales de mérito recordatorio, para que fuesen exhibidas junto a nuestros patricios o los buenos vecinos fundadores de las sociedades de fomento (...)*Versiones Taquigráficas del Honorable Concejo Deliberante, 15 de septiembre de 1939.

una reforma constitucional lo habilitó para ser reelecto en 1952, y Perón gobernó hasta 1955, cuando fue depuesto por un golpe cívico- militar.

Los años de la posguerra fueron de prosperidad económica para la Argentina, y mientras fue posible, la política peronista consistió en distribuir esa prosperidad entre los sectores populares, y particularmente entre los trabajadores asalariados, cuyos sindicatos eran la base de su movimiento. A ello se sumaron otras medidas comunes a otros casos de estado benefactor (Welfare State) de la época: vacaciones, indemnización por despido, jubilaciones, mejoras en los sistemas de salud y de educación, así como otras medidas tendientes a asegurar a los trabajadores los derechos sociales. La democratización social que el peronismo impulsó fue acompañada de una extensión de la ciudadanía política, sobre todo por la concesión del derecho del sufragio a las mujeres.²²

La participación popular en la política, en apoyo de Perón, fue muy intensa, particularmente en las manifestaciones de apoyo de tipo plebiscitario: las reuniones masivas en la Plaza de Mayo, el 1° de Mayo, Día del Trabajo, y el 17 de Octubre, Día de la Lealtad, constituyeron importantes rituales de legitimación política. A la vez, como se verá en esta sección, el peronismo se encauzó a través de un renovado movimiento asociacionista. Fue construido sobre el molde del existente, pero se desarrolló de maneras novedosas. Resultó potenciado un rasgo ya existente en el movimiento previo: las asociaciones impulsadas por el peronismo, sobre todo las llamadas *unidades básicas*, tuvieron un papel importante en la gestión de demandas populares y ciudadanas ante las autoridades. Por otra parte, se redujo aquella dimensión estrictamente política, de participación ciudadana en condiciones republicanas, característica de la tradición cívica previa. Las asociaciones tuvieron otra manera de enlazarse con la política: fueron la base de constitución del apoyo plebiscitario de un régimen político autoritario, basado en la expansión de las capacidades estatales, que se identificaron con las del movimiento político que lo regía.

La eclosión

El nacimiento del movimiento peronista en 1945 se produjo en el contexto de una fuerte movilización política. Continuaba la de los años previos, de la que se habló antes, pero con algunas importantes modificaciones. Perón se apoyó inicialmente en los grupos nacionalistas, católicos y conservadores que apoyaron al gobierno militar, relativamente simpatizante con el Eje. Pero su base de apoyo principal fue el movimiento obrero organizado, que hasta entonces militaba en el frente antifascista, y que fue atraído por las medidas en favor de los trabajadores impulsadas por Perón. También sumó a una porción importante de la Unión Cívica Radical, de muchos dirigentes socialistas y de algunos conservadores, aunque todas estas fuerzas políticas mayoritariamente se alinearon en el campo del antiperonismo.

De modo que el alineamiento de 1946, producido en un contexto similar de movilización y fuerte polarización, tuvo una definición original. Perón puso el acento en lo que llamaba la democracia “real”, menos preocupada por las formas republicanas que por la justicia social,

²² Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Sudamericana, 1990. Peter Waldmann, *El peronismo, 1943-1955*. Buenos Aires, Sudamericana, 1981. Juan Carlos Torre (director), *Los años peronistas, 1943-1955*. Buenos Aires, Sudamericana, 2002. Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

y en el nacionalismo, de tono antimperialista y antinorteamericano. Sus opositores no fueron ajenos al discurso de la justicia social, instalado en todo el mundo occidental al fin de la Segunda guerra Mundial, pero lo subordinaron a la vigencia de las instituciones constitucionales y republicanas, una posición que Perón calificaba de democracia “formal”, a la vez que mantuvieron su caracterización de Perón como superstite del grupo pro fascista. El triunfo electoral de Perón en 1946 fue claro, pero no abrumador, y su legitimidad democrática fue evidente. El resultado fue un país dividido en dos bandos –peronistas y antiperonistas- que se negaban recíprocamente legitimidad y llevaron a su extremo el carácter faccioso de la política, característico de toda la experiencia democrática.

Con vistas a organizarse para la elección de 1946, el multitudinario movimiento inicial en favor de Perón se canalizó a través de los sindicatos, que a fines de 1945 decidieron conformar el partido Laborista. Por otra parte, los grupos escindidos de la UCR formaron la UCR Junta Reorganizadora, y unos y otros constituyeron comités de base. Sin embargo, la enorme masa de partidarios de Perón, aún cuando usó algunos de estos canales, en muchísimos casos formó núcleos de participación política nuevos. Se reunieron a veces simplemente por afinidad personal, otras por afinidad laboral o bien por vivir en el mismo barrio. En suma, confluyeron de manera poco sistemática distintas lógicas organizacionales.

El apoyo a la figura de Perón y lo que esta representaba se materializó en la organización de núcleos de activistas, reunidos con la simple consigna de apoyo a éste. En cada barrio, estos militantes espontáneos dieron origen a núcleos asociativos que tomaban el nombre de *Centros Cívicos Coronel Perón*, o bien *Centros Independientes*. A menudo surgían en un club de barrio, un café,²³ o una habitación a la calle, en la casa de alguno de los entusiastas militantes, como Elba, que recuerda: *En mi casa funcionaba un Fortín Laborista, el antecedente de lo que serían las unidades básicas.*²⁴ Un cartel, una lámpara iluminando el lugar y un retrato del sonriente coronel Perón completaban el equipamiento de esta mínima unidad política, que aunque se integraba en un vasto movimiento nacional, funcionaba de manera independiente.²⁵ Estos grupos, también alentados por funcionarios allegados a Perón, reproducían en un contexto novedoso una experiencia política ya conocida, como lo era también el tipo de denominación adoptada: los *Centros Independientes* eran similares a los surgidos antes en apoyo de Yrigoyen, Alvear o el general Justo.

Esos “fortines” marcaron la tónica de lo que sería una de las características de la fuerza política reunida en torno a la figura de Perón en aquellos años: un hacer impulsivo y fragmentario aglutinado en torno a ideas convocantes leídas de muy distintos modos por los actores. Aunque en los años iniciales el objetivo era lograr la victoria electoral de Perón, se

²³ *Yo era un pibe, pero me acuerdo que mi viejo empezó a juntarse con otros peronistas en un bar que le quedaba muy cerca del trabajo (...) Después las peleas con los contreras se hicieron cosas de todos los días, y el patrón del boliche les pidió que se fueran a juntar a otra parte... Mi vieja no quería saber nada pero los muchachos (muchos después fueron compañeros míos) empezaron a ‘parar’ en casa. Después del 17 de Octubre ya teníamos la básica en casa. Pancho (77 años), entrevista grupal en un Centro de Jubilados de la Capital Federal, realizada por Federico Lorenz, 5 de agosto de 2004.*

²⁴ Carlos Gaitán, citado en Liliana Garulli et alii, *Nomeolvides. Memoria de la Resistencia Peronista 1955-1972*, Buenos Aires, Biblos, 2000, p. 53.

²⁵ Félix Luna, *El 45*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984, p. 420.

pensaba que eso estaba por encima de la política: *No le poníamos nombre a lo que hacíamos*, recuerda Elba.²⁶

La lógica de la lucha electoral presionó para que esas unidades espontáneas se integraran en los cuadros políticos que organizaba Perón. En vísperas de las elecciones, la discusión en torno de la candidatura, que enfrentó a laboristas y radicales reorganizadores, llevó a que estos centros fueran convocados a integrarse en alguna de estas líneas. Según Félix Luna, autor de una penetrante crónica del año 1945:

*Cuando la cantidad de estos comités sui generis empezó a ser ostensiblemente importante, los dirigentes de la campaña peronista intentaron unificarlos o algunos de sus mismos creadores trataron de federarlos, darles organicidad y hasta revestirlos de cierta gravitación dentro del movimiento general, con vistas a conseguir algunas candidaturas menores. Algo se logró en este sentido, pero fue como si la institucionalización de creaciones tan ingenuas y espontáneas las hubieran marchitado, porque poco a poco fueron desapareciendo y después de febrero de 1946 se volatilizaron del todo.*²⁷

Probablemente el proceso fue más complejo, y señala un punto de tensión entre la movilización social y el régimen político que ella ha instaurado. Después de la victoria, el clima de euforia asociacionista continuó dentro del peronismo.²⁸ Pero a la vez, Perón decidió dar a sus apoyos electorales una dirección centralizada. En 1946 disolvió todos los agrupamientos políticos previos y creó un nuevo partido, que pronto se llamaría Peronista. Las unidades básicas fueron reorganizadas, según una nueva lógica, distinguiendo las sindicales de las barriales o territoriales. Sin embargo, tal como lo recuerdan antiguos militantes, la centralización tardó en avanzar y en algunos casos nunca llegó a integrar a todos estos centros que habían sido el producto de la movilización inicial, y que se mantuvieron como un residuo no subordinado.

Una característica de este movimiento inicial fue su declarada apoliticidad. En buena medida, se recoge aquí la tradición del movimiento asociativo, y en particular el fomentista, que ya se analizó, y que no se juzgaba contradictorio con el fuerte embanderamiento político. Pero hay algo novedoso. Según recuerda Elba:

*[Había] muchos argentinos, en fin, que aborrecían de la política y así lo decían a gritos en los boliches y las tertulias familiares, pero que veían la empresa de Perón como una cruzada, una convocatoria excepcional, algo casi religioso, limpio de toda connotación política.*²⁹

En parte, se recoge aquí el ya mencionado desprestigio de los partidos políticos, que se acentuó a lo largo de la década de 1930. El peronismo se presenta como la antítesis de la vieja política, pero a la vez, reivindica otra dimensión de la política previa: la cruzada, la

²⁶ Elba (82 años), peronista de la zona de Saavedra. Entrevista grupal, realizada por Federico Lorenz, 12 de agosto de 2004.

²⁷ Félix Luna, *El 45*. p. 420.

²⁸ Pancho recuerda cómo luego de la victoria electoral se abrió una unidad básica “del partido”: *La hicieron con todo, con gaita de no se qué sindicato, pero la gente se seguía juntando en casa. ¡Era de locos! El laburo, reuniones en casa, reuniones en la básica. Mucha, mucha actividad.* Entrevista citada.

²⁹ Elba, entrevista citada.

lucha por la verdadera fe, contra los herejes, también característica de los años anteriores a 1943, sobre todo en el discurso de los grupos nacionalistas y católicos, que también reclamaban para sí el membrete de apolíticos. Más en general, la dimensión populista del peronismo encerraba un elemento de apoliticidad, puesto que el movimiento era la expresión del pueblo y la nación. Ser peronista fervoroso, y no sentirse político eran perfectamente compatibles.³⁰

Una consecuencia es el retroceso en estas asociaciones de prácticas que, aún presentadas bajo el rótulo de la apoliticidad, implicaban una participación activa en las cuestiones públicas, y el ejercicio de prácticas cívicas asociadas con la política republicana y representativa. El modelo del “ciudadano consciente” se adecua cada vez menos en esos años a un tipo de sociabilidad y práctica política más adecuado para generar el sostén plebiscitario de un estado crecientemente autoritario.

Un permanente estado de organización

A medida que pasaron los años el gobierno peronista fue acentuando sus rasgos autoritarios. En parte, fue respuesta a la creciente resistencia de la oposición: junto con la permanente oposición de los partidos políticos, en 1951 hubo un conato de golpe militar, y una serie de huelgas obreras de magnitud, a los que el gobierno respondió con represión y cárcel a muchos de sus dirigentes, cierre de diarios opositores y restricciones a la actividad pública. Por otra parte, el régimen acentuó y ritualizó sus rasgos plebiscitarios, que alcanzaron su culminación en las largas exequias a Eva Perón en 1952. También se avanzó en la “peronización” de las distintas instancias de la sociedad: en distintos sectores –estudiantes, profesionales, universitarios- se crearon organizaciones peronistas, y se realizó un fuerte adoctrinamiento en la escuela pública y hasta en las fuerzas armadas. En 1950 se formuló el modelo ideal de esa peronización: la llamada *Comunidad Organizada*, una propuesta ideal de organización social, en la que las distintas corporaciones se vinculaban en un conjunto orgánico, articulado por la doctrina peronista. Esta voluntad organizadora llegó al movimiento peronista, que desde 1951 quedó constituido en tres ramas: la Confederación General del Trabajo, el Partido Peronista Masculino y el Partido Peronista Femenino.³¹

En esa nueva organización, las unidades básicas eran las células de una estructura partidaria compleja y piramidal. Fueron concebidas como núcleos de reproducción, formación y difusión, no sólo partidario sino fundamentalmente de la política del Estado.³² Las había de dos tipos: “gremiales” y “ordinarias”, es decir territoriales. Se establecieron rigurosas pautas de funcionamiento: cada unidad básica debía ser reconocida por la instancia partidaria superior, y debía cumplir requisitos sobre local adecuado, número de afiliados (no menos de 50), uso de registros y fichas de afiliación provistas por el partido, así como la confección

³⁰ El personaje de una novela de Osvaldo Soriano, ambientada en 1974, dice: *Yo nunca me metí en política. Siempre fui peronista.*

³¹ Alberto Ciria, *Política y cultura popular: la Argentina peronista, 1946-1955*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983. Ricardo del Barco, *El régimen peronista, 1946-1955*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1983.

³² La unidad básica fue definida como *el organismo primario del partido encargado de toda la actividad del mismo en directo contacto con los afiliados, debiendo funcionar en forma de bibliotecas, ateneos o centros culturales*. Partido Peronista, Consejo Superior Ejecutivo, *Manual del peronista*, Buenos Aires, 1948, p. 139.

de libros de actas, de contabilidad, de correspondencia, y un *libro de conferencias y clases dadas y actos de proselitismo realizados, indicando lugar y fecha*. Las actividades en las unidades básicas estaban claramente reguladas: debían realizarse reuniones en forma periódica y garantizar que el local estuviera abierto por lo menos tres horas por día, y en un horario regular. Las autoridades, encabezadas por un Secretario General, eran electivas, duraban un año en su cargo y podían ser reelectas.³³

Pero no toda la actividad asociativa vinculada con el peronismo se canalizó en esta rígida estructura de las unidades básicas. Todavía en 1952, una militante recuerda cómo utilizaban el mimeógrafo de un club para la impresión de propaganda partidaria relativa a las elecciones.³⁴ Recientemente, Omar Acha ha estudiado la existencia de un amplio y heterogéneo movimiento asociativo de índole variada – bibliotecas, ateneos, sociedades de fomento, “amigos de calles”- que con ocasión de un requerimiento estatal –consultas para la elaboración del Segundo Plan Quinquenal- se dirigieron al estado, afirmando su identidad peronista y efectuando pedidos o sugerencias. Ciertamente, no puede darse por establecida la existencia de todas las asociaciones que se presentan al estado ante su convocatoria; la circunstancia hacía obligatoria una identificación peronista que no necesariamente constituía su pauta cotidiana, como veremos más adelante. Por otra parte –como señala el mismo autor- del conjunto estudiado solo un grupo proporcionalmente menor pertenece a la ciudad de Buenos Aires, donde las viejas formas de asociacionismo parecen haber perdurado sin grandes cambios. Pero en conjunto, muestran un mundo constituido entre el asociacionismo y la política que no se encuadra en el esquema de las unidades básicas.³⁵

Es sabido que no es el único terreno donde los proyectos organizacionales de Perón retrocedieron o fueron abandonados, frente a resistencias de los interesados. Esto hace a su criterio más general acerca de la *conducción*, que según afirmaba no consistía tanto en ordenar como en convencer; también, probablemente, a la percepción de que la eficacia del movimiento peronista era mayor en tanto se adaptara a las anfractuosidades de la realidad que debía representar. Sobre todo, a que uno de sus estilos de acumulación de poder consistía en generar los conflictos que él mismo estaba llamado a arbitrar. Lo cierto es que en 1951, luego de elogiar los esfuerzos de racionalización burocrática del Partido, declaró: *ustedes saben que hasta ahora hemos estado viviendo en un permanente estado de organización*.³⁶

Según Perón, las unidades básicas tenían un papel fundamental en la estructura partidaria de adoctrinamiento.³⁷ En sus charlas de formación, en sus discursos, en los documentos y

³³ *Ibíd.*

³⁴ Estela dos Santos, *Las muchachas peronistas*, Buenos Aires, CEAL, 1983, p. 86.

³⁵ Omar Acha: “Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo”, en: *Desarrollo Económico*, n° 174, Buenos Aires, 2004.

³⁶ Juan Perón, *Conducción política*, Buenos Aires, Instituto de Estudios Peronianos, 1995, p. 263.

³⁷ *Hablamos ya con el Director de la Escuela, pensando la manera de extender este medio de acción de la cultura política. Como esta Escuela Peronista podrán formarse, por ejemplo, en las catorce provincias y ocho gobernaciones escuelas regionales, dependientes de la escuela superior que funciona en la Capital. En las unidades básicas, entre cuatro, cinco o diez unidades que se hallen cercanas, se podrán formar ateneos peronistas, a los que concurran personas de todas esas unidades básicas.* Juan Perón, Conferencia en la Escuela

publicaciones partidarias, las alusiones a las unidades básicas como centros de difusión de un nuevo contrato social, y una nueva forma de “educar al soberano” son constantes. No se trataba en realidad de la noción sarmientina de la formación del ciudadano sino de otra algo diferente: adoctrinar al pueblo peronista.

En la retórica peronista, se trata de una práctica novedosa, diferente y opuesta de la de los viejos comités. Pero en realidad, es fácil encontrar raíces y tradiciones para esta función asignada a estos núcleos de sociabilidad política. El peronismo retoma la vieja crítica a la “política criolla”, que otrora popularizaron los socialistas, y también su clave pedagógica, asumida también por muchos centros y comités radicales y conservadores. En cuanto a la insistencia en la doctrina, lógicamente hay una reminiscencia castrense, presente en todo el discurso político de Perón. Pero a la vez, esta noción del adoctrinamiento remite a otra agencia de la sociabilidad barrial que, en las décadas anteriores, compitió palmo a palmo con las bibliotecas populares y el discurso progresista que allí circulaba. Se trata de las parroquias de la Iglesia Católica, firmemente arraigadas en los barrios, cuya función primordial era precisamente el adoctrinamiento infantil –tan sumario y escolástico como el de las unidades básicas- con vistas a la “primera comunión”, ritual de pasaje de los niños católicos. En ese sentido, se afirma que las unidades básicas serán ateneos donde, especialmente, se inculque la doctrina peronista”.³⁸

La prédica de los adoctrinadores que concurrían a dar sus charlas a esos locales tiene un aire de cruzada, de vasto emprendimiento en favor de la verdad y en contra de los enemigos del pueblo, que recuerda tanto la cultura militante católica, propia de la Acción Católica, como la socialista. A los mismos registros pertenece el tono regenerativo que, más allá de sectarismos e intereses menores, se asignaba a la práctica política: *Las unidades básicas deben ser foros de moral cívica (...) el trabajo que se haga en las unidades básicas debe ser de solidaridad, de acción, de compañerismo e identificación con el Pueblo.*³⁹

En las actividades partidarias, el lugar asignado al adoctrinamiento era importante. La revista *Mundo Peronista* publicaba una *guía de actividades doctrinarias*, un *calendario justicialista para unidades básicas y sindicatos del movimiento*, así como los materiales necesarios: generalmente discursos de Perón⁴⁰ o una glosa de alguna de las *Veinte verdades del Justicialismo*. Se aconsejaba *no prolongarlas más de una hora* para no cansar al público.⁴¹ Sin embargo, según la nutrida correspondencia que la revista mantenía con los responsables de las unidades básicas, la diversidad de actividades que se desarrollaban en esos encuentros las prolongaba por varias horas, ya que *a más de los temas comprendidos en*

Superior Peronista, 1951; en *Conducción política*, Buenos Aires, Instituto de Estudios Peronianos, 1995, p. 262.

³⁸ *Manual del peronista*, p. 183-184.

³⁹ *Mundo Peronista*, Año III, N° 51, 1° de octubre de 1953, p. 40.

⁴⁰ Las unidades básicas debían llevar un archivo completo de los discursos de Perón, y se recomendaba, por ejemplo, recortarlos del diario *Democracia*, que era el que solía publicarlos in extenso.

⁴¹ *Una reunión ideal sería aquella en que el tiempo se distribuyera de la siguiente forma: a) Marchas peronistas: 5 minutos. b) El tema de Doctrina: 10 minutos. c) La palabra de Perón: 20 minutos. d) La palabra de Evita: 10 minutos. Mundo Peronista*, Año II, n° 42, 15 de mayo de 1953, p. 42 y Año II, n° 37, 15 de enero de 1952, p. 39.

*la Guía Doctrinaria, las unidades básicas, sindicatos y reparticiones administrativas suelen incluir números folklóricos, poesías, lectura de artículos de Mundo Peronista, etc.*⁴²

La sociabilidad barrial, característica del tradicional fomentismo, se desarrollaba también en las unidades básicas. *Los 9 de Julio, el 25 de Mayo, además de los 17 de Octubre, se hacían peñas y locros en la unidad básica. Armábamos equipos de fútbol, campeonatos de truco, y conseguíamos las camisetas y los micros para los pibes.*⁴³ Tal como ocurría con las bibliotecas populares de los socialistas o las parroquias católicas, las directivas trataban de combinar los valores de la sociabilidad y la solidaridad con el mensaje político.

*De ser posible las reuniones tendrán carácter familiar. La cordialidad y el espíritu fraterno deben ser las características principales de las mismas, como corresponde a quienes vivimos en la Nueva Argentina, Justa, Libre y Soberana de Perón y Evita y luchamos en un movimiento integrado por hombres y mujeres, un pueblo que tiene su fuerza más grande en los nobles sentimientos de su corazón.*⁴⁴

En un punto, sobre todo, las unidades básicas entroncan con el antiguo fomentismo. Los Secretarios generales podían conseguir entrevistas con funcionarios, gestionar pedidos de ayuda, trabajo, o más sencillamente resolver disputas entre vecinos. Las unidades básicas fueron un camino directo para relacionarse con las autoridades y obtener respuestas a pedidos. Una larga experiencia acuñada desde inicios de siglo en entidades como las sociedades de fomento alcanzaba así su coronación en un esquema de relaciones entre estado y asociacionismo. La novedad reside en que, a medida que el estado peronista se institucionalizó, las unidades básicas, como los otros elementos del Partido Peronista fueron convirtiéndose más bien en apéndices del estado –oficinas estatales que reciben pedidos de los vecinos- que en la expresión de la voluntad asociativa. Como señalan los testigos, entre 1945 y 1955 ellos “fueron el estado”, con lo que su capacidad de gestión –y por lo tanto de satisfacción de las necesidades de sus vecinos- era muy grande.

Estas características fueron, desde el comienzo, las propias de las unidades básicas femeninas. La creación del Partido Peronista Femenino coincidió con la de la Fundación Eva Perón. Ésta fue creada para atender las necesidades básicas de los llamados “humildes” es decir todo el sector popular no incluido en los sindicatos, que por entonces desarrollaban su propio sistema asistencial. La Fundación, una institución de estatus incierto, entre público y privado, fue la cara más visible del estado providente y benefactor: construyó un excelente sistema de policlínicos, promovió torneos de fútbol en todo el país y realizó una ingente tarea de acción social directa, que requirió de una red de agentes capaces de llegar a los lugares de la sociedad huérfanos de protección.

El Partido, en cambio, surgió para organizar el voto de las mujeres, recientemente incorporadas al sufragio. Al igual que la Fundación, se trató de una proyección sobre la sociedad de la acción de un pequeño grupo, directamente dirigido por Eva Perón. Ella designó las primeras “delegadas censistas”, una por provincia, encargadas, junto con un equipo numeroso de subdelegadas, de registrar la presencia de mujeres potencialmente

⁴² *Ibíd.*

⁴³ *Pancho*, entrevista citada.

⁴⁴ *Mundo Peronista*, Año II, N° 28, 1° de septiembre de 1952, p. 39.

afines con el peronismo, afiliarlas y constituir las unidades básicas que articularían su acción.⁴⁵

En el caso de la rama femenina los cargos no eran electivos, como en la masculina; todos, hasta los de responsable de una unidad básica, eran designados por la autoridad del partido, ejercida por Eva Perón mientras vivió. Los cuadros de ambas instituciones eran a menudo los mismos: Eva Perón constituyó el primer grupo de “delegadas censistas” con enfermeras y docentes con experiencia en la Fundación. De modo que esta mitad del movimiento peronista, aunque capitalizó inquietudes y entusiasmos del sector femenino recientemente incorporado al sufragio, operó desde el estado. Lo hizo con éxito, pues con el voto femenino en 1952, año de la reelección de Perón, el peronismo amplió considerablemente su superioridad electoral.

Pero pasada esta coyuntura, las actividades de las unidades básicas femeninas tuvieron como principio que *hacer política era servir a los demás*. A diferencia de los locales masculinos, abiertos tres horas por día, las unidades básicas femeninas funcionaban entre las ocho de la mañana y las ocho de la noche. Ofrecían gran cantidad de servicios gratuitos, como enfermería y consultorios médicos; desde los inicios, se transformaron en escuelas informales de adultos. Muchas mujeres concurrían a los locales con sus hijos, que encontraban desde juegos hasta apoyo escolar. Un servicio invaluable para muchas trabajadoras era que allí se cuidaba a sus hijos mientras estaban trabajando. La gran mayoría de las actividades de las unidades básicas femeninas son similares a las otrora ofrecidas por bibliotecas populares y parroquias, y se corresponden con una idea del papel que le correspondía a la mujer, y sus posibilidades laborales: cursos de corte y confección, bordado, lencería, bordado a máquina, tejido, sombrerería, economía doméstica, taquigrafía, inglés, francés, dibujo y pintura, danzas, guitarra.

Según lo entendían sus dirigentes, la unidad básica femenina no era un lugar a dónde se iba a “hacer política”, como ocurría con la de los hombres. Pero la política no estaba ausente, aunque del modo adecuado al régimen político, pues una de sus tareas era la difusión de los proyectos estatales: *Desde esos centros de concentración en cada punto del país, las muchachas peronistas colaboraron eficazmente en la difusión del Plan económico de 1952.*⁴⁶ Esta colaboración consistía en la discusión y explicación de los objetivos y la aplicación del Plan, y sobre todo en el apoyo a las campañas de ahorro encaradas por el gobierno, o a la organización de cursos como los de *economía doméstica*.

Pero a la vez, las unidades básicas estaban integradas con la Fundación Eva Perón, y se convirtieron, de manera más clara que sus equivalentes masculinas, en el extremo capilar de la obra de beneficencia encarada por aquella, con su ambigua combinación de práctica social, beneficencia privada y acción estatal. *Los pedidos que se podían realizar desde las unidades básicas eran los de ropa, zapatos, camas, colchones, etc., debiendo ser acompañados por el respectivo certificado de pobreza expedido por el juez de paz de la*

⁴⁵. Hubo que vencer grandes resistencias, en muchos casos, para lograr la participación de mujeres en estas actividades. Recuerda *Elba: íbamos a visitarlas cuando el marido no estaba, y si lo cruzábamos le explicábamos que no era de política, que eran cosas de mujeres o para la casa*. Entrevista citada.

⁴⁶ Dos Santos, *Las muchachas peronistas*, p. 90.

*localidad o en su defecto por el comisario de la Policía.*⁴⁷ No era extraño que, a los ojos de sus beneficiarios, ambas instituciones se confundieran: *Los ‘descamisados’ no distinguen todavía lo que es la organización política que yo presido de lo que es mi Fundación... Las unidades básicas son para ellos algo de ‘Evita’. Y allí van buscando lo que esperan que pueda darles ‘Evita’.*⁴⁸

En suma, las unidades básicas desarrollaron algunas de las características del viejo asociacionismo fomentista, en el marco de un estado que desarrollaba una eficaz política de bienestar social y progresivamente avanzaba hacia el totalitarismo. Así, las unidades básicas se integraron en los mecanismos de conexión entre el estado y la sociedad, con mucha más injerencia estatal que en la antigua ecuación. A la vez, las unidades básicas cumplieron una importante función de movilización y encuadramiento político, adecuada a las necesidades de un régimen con legitimidad plebiscitaria. Su extrema politización no es ajena, por las razones explicadas, al apoliticismo fomentista. En cambio, el impulso más específicamente societal en la formulación y articulación de demandas perdió estímulo y, sobre todo, desaparecieron aquellos ámbitos de discusión más vinculados con las tradiciones cívicas de la democracia republicana.

El otro asociacionismo

Las unidades básicas cubrieron solamente una parte del universo asociativo de la ciudad, donde mantuvieron su presencia las instituciones anteriores: clubes sociales y deportivos, cooperadoras escolares u hospitalarias, bibliotecas o sociedades de fomento que, como se ha visto, se definían como apolíticas. Esta situación debía entrar en conflicto con un régimen político surgido en un momento de altísima politización, que luego identificó al estado con el movimiento y a su “doctrina” con la Doctrina Nacional.

Esta situación debe de haber coincidido con la dinámica propia de las elites que dirigían las asociaciones, donde habitualmente se dirimían conflictos por el control de la institución. Sectores que se identificaron con el peronismo se propusieron en muchos casos ganar su control, enfrentándose con otros que se definieron como antiperonistas, y esto produjo una escisión en el mundo asociativo. Las asociaciones que se mantuvieron como reducto de la oposición quedaron al margen del apoyo estatal y se convirtieron en sospechosas para una policía cada vez más atenta a posibles conspiraciones, mientras que las que se identificaron abiertamente con el peronismo –particularmente algunos clubes sociales o deportivos– pudieron gozar de apoyos ocasionales significativos.

La situación de las instituciones más importantes, como las sociedades de fomento, fue diferente: el apoliticismo era un rasgo constitutivo de su funcionamiento; a la vez, la relación con el estado era ineludible para entidades cuya función principal era la gestión, máxime cuando el estado disponía pródigamente de recursos para distintos emprendimientos sociales. Así, estas instituciones hicieron al menos los gestos mínimos para no quedar

⁴⁷ Carolina Barry, *Partido Peronista Femenino. La organización total 1949-1955*, p. 32. También: “Las unidades básicas del Partido Peronista Femenino (1949-1955)”, en K.I. Ramacciotti y A.M. Valobra: *Generando el peronismo. Estudios de política, cultura y género (1946-1955)*. Buenos Aires, proyecto Editorial, 2004. Véase también Susana Bianchi y Norma Sanchís: *El Partido Peronista femenino*. Buenos Aires, CEAL, 1988.

⁴⁸ Eva Perón, *La razón de mi vida*, Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1951, 10ª edición, p. 294

excluidos de la protección estatal, sin perder su independencia última: en palabras de Juan Carlos Torre, “hicieron la venia”, y las autoridades, para quien ese mundo asociacionista tenía algo de ajeno, se contentaron con eso.

Como se señaló, la lógica interna del régimen lo impulsó, en su última etapa, a profundizar la peronización de los distintos espacios de la sociedad hasta entonces relativamente al margen de la liturgia oficial, y entre ellos el mundo del asociacionismo fomentista de la ciudad de Buenos Aires. Omar Acha ha registrado ese fenómeno.⁴⁹ En 1954 se organizó un Congreso de Sociedades de Fomento, con representantes de 111 de esas entidades; su desarrollo fue estrictamente controlado por las autoridades municipales, de modo que solo aflorara allí el discurso convenido. En su inauguración el presidente Perón sugirió que en el futuro el Concejo Deliberante podría integrarse con representantes de cada una de las sociedades de fomento. Al año siguiente, y ya al comienzo mismo de la crisis del régimen, unas Jornadas Doctrinarias Peronistas se proyectaron sobre el vasto mundo asociativo porteño.

Por entonces había cobrado visibilidad la otra cara del asociacionismo, aquella que de un modo u otro agrupaba al antiperonismo reluctante, que en la ciudad de Buenos Aires seguía teniendo un peso numérico singular: algunos clubes, bibliotecas motorizadas por socialistas, anarquistas, radicales y quizá algunos comunistas; centros estudiantiles universitarios, como La Línea Recta de Ingeniería y otros agrupados en la Federación Universitaria de Buenos Aires, instituciones culturales, como el Colegio Libre de Estudios Superiores, una especie de Universidad alternativa, y también parroquias o asociaciones católicas de distinto tipo, a medida que la Iglesia acentuaba su distancia respecto del régimen, y la militancia católica, impulsada por la Acción Católica, algunos párrocos y otros muchos religiosos, comenzaba a recuperar la antigua electricidad moral. Entre ellos, el antiperonismo permitió tejer alianzas en otro momento insólitas, y en unos y otros resurgió la antigua impronta cívica. Lo cierto es que una de las batallas en torno a la caída del régimen –ciertamente no la más importante- se libró en ese mundo asociativo de la ciudad de Buenos Aires.

3. Las villas de emergencia y la movilización revolucionaria, 1955-1976

En 1955 un golpe militar derrocó a Perón y decretó la proscripción política del peronismo, que con matices se mantuvo hasta 1972. Hubo gobiernos militares entre 1955-58 y 1966-73, y gobiernos civiles semilegítimos entre 1958-1966. En estos veinte años, la instalación de grandes empresas de capital extranjero favoreció el desarrollo económico y a la vez agudizó la conflictividad social. Parte de ella se manifestó a través del peronismo, que osciló entre aceptar una integración subordinada o resistir las nuevas condiciones económicas y políticas. Desde 1969 la sociedad fue recorrida por una onda revolucionaria, que exacerbó los distintos conflictos. Una de sus consecuencias fue la convocatoria en 1973 a elecciones libres; éstas llevaron al gobierno al peronismo, que fue derrocado por un nuevo golpe militar en 1976.

Desde 1969, una movilización revolucionaria activó un conjunto muy variado de conflictos sociales y los potenció y aglutinó con un discurso que subrayaba el origen común de los males de la sociedad: la dictadura militar y el imperialismo. A la vez, se proponía una solución común a todas las injusticias del mundo: un gobierno popular que llevara adelante

⁴⁹ Omar Acha, “Política y asociacionismo en el peronismo clásico (Buenos Aires, 1954-1955): una explicación del conflicto con el catolicismo.” (inédito).

la liberación, que habría de ser nacional y social.⁵⁰ Nos ocuparemos de uno de los espacios sociales más característicos: las “villas miseria” o villas de emergencia de la ciudad de Buenos Aires, y en particular la Villa de Retiro, en las que se constituyó un nuevo fomentismo. Consideraremos el movimiento asociativo, los reclamos sectoriales y las tradiciones políticas que se reformularon y desarrollaron en ese contexto revolucionario, hasta llegar a un punto culminante entre 1973 y 1974.⁵¹

La villa de Retiro

Con diferentes nombres –favelas, pueblos jóvenes, poblaciones, villas miseria- las villas de emergencia son bien conocidas en todas las grandes ciudades de América Latina, donde surgen por la confluencia de la fuerte migración rural, los problemas para suministrar a los nuevos pobladores empleos estables y el déficit de la infraestructura urbana, sometida a una demanda ingente. El fenómeno es relativamente tardío en Buenos Aires. La primera urbanización intensa, en las décadas de la entreguerra, tuvo como rasgo característico la construcción de la “casa propia” (núcleo habitacional unifamiliar); la segunda, durante los años peronistas, se caracterizó por los grandes conjuntos habitacionales, construidos por el estado y financiados por generosos créditos hipotecarios. La situación cambia radicalmente a partir de 1955, cuando explota el fenómeno de los nuevos asentamientos precarios, en la ciudad de Buenos Aires, y sobre todo en el conurbano o Gran Buenos Aires. Se trata del mismo movimiento anterior, pero con nuevas características: los asentamientos se realizaron de manera ilegal, en terrenos fiscales o desocupados, frecuentemente poco aptos como zona residencial, y las casas, inicialmente, fueron concebidas como transitorias.⁵²

La villa de Retiro está ubicada cerca de una cabecera ferroviaria y de la Dársena Norte del Puerto de Buenos Aires, emplazada en terrenos fiscales ubicados entre los ramales ferroviarios que salen hacia el norte. Fue la más grande de la ciudad. Comenzó a formarse en la década de 1940 y creció de manera notable en la década de 1960.⁵³ En 1976 llegó a tener casi 25.000 habitantes, una cuarta parte de los habitantes villeros de la Capital. Una buena parte provenía de las provincias del noroeste o nordeste, y otros tantos de los países

⁵⁰ Daniel James (director), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires, Sudamericana, 2002. Juan Carlos Torre, *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores de Argentina, 1983. Richard Gillespie: *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires, Grijalbo, 1987. Tulio Halperín Donghi, *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires, Ariel, 1994.

⁵¹ Sobre las villas puede verse: Eduardo Blaustein, *Prohibido vivir aquí. Una historia de los planes de erradicación de villas de la última dictadura*. Comisión Municipal de la Vivienda, 2001. Patricia Dávalos, Marcela Jabbar y Estela Molina, *Movimiento Villero y Estado (1966-1976)*. Buenos Aires, CEAL, 1987. Ernesto Pastrana, “Historia de una villa de la ciudad de Buenos Aires (1948-1973)” *Revista Interamericana de Planificación*, n° 54, México, junio de 1980. Hugo Ratier, *Villeros y Villas Miseria*. Buenos Aires, CEAL, 1985. Alicia Ziccardi, *El tercer gobierno peronista y las villas miseria de la Ciudad de Buenos Aires (1973-1976)*. México, Universidad Autónoma de México, 1983.

⁵² En 1956 había en Buenos Aires 34.000 habitantes en villas de emergencia; en 1968 eran 100.000, y de ellos, 25.000 en la villa de Retiro. Ese año, eran 600.000 en toda el área metropolitana, es decir el 8% de su población.

⁵³ De los años '40 son los dos primeros núcleos: *Villa de los Inmigrantes* y *Saldías*; cuatro nuevos barrios aparecieron después de 1955: *YPF*, *Güemes*, *Comunicaciones* y *Laprida*.

límites: Bolivia, Chile.⁵⁴ Los hombres trabajaban en la construcción o el puerto, generalmente en forma temporaria, y las mujeres en el servicio doméstico.

Las casas de la villa se construían con materiales precarios –chapas, cartón, madera en desuso- apiñadas, separadas por estrechos y tortuosos corredores, sin desagües ni cloacas y escasamente provistas de agua y electricidad. Muchas otras villas se levantaron en terrenos inundables o en basurales. La falta de títulos de propiedad constituyó el principal problema que enfrentó a los habitantes con los funcionarios del estado, renuentes a aceptar que esa instalación fuera definitiva y que ellos debieran ocuparse sistemáticamente de sus moradores. Para enfrentar ese y otros problemas habitacionales, en 1960 se creó la Comisión Municipal de la Vivienda. La idea dominante consistía en erradicar las villas, trasladar a sus pobladores a viviendas más adecuadas y, complementariamente, desarrollar un programa de reeducación que les permitiera vivir de un modo considerado urbano. A la inversa: el habitar en la villa no era considerado urbano, y sus moradores no eran vistos como ciudadanos de pleno derecho.

La erradicación de las villas de la ciudad –no se plantearon programas de envergadura semejante en el Gran Buenos Aires- a veces tenía como propósito recuperar tierras de alto valor de mercado –por ejemplo, la villa del Bajo Belgrano- o necesarias para diferentes planes edilicios.⁵⁵ Pero además, se trataba de sacar del lugar de mayor exposición algo que era considerado una fuente de peligros de diferente tipo. Junto con esta política de fondo, que reaparece en diversas coyunturas, el gobierno municipal desarrolló, en otros niveles de su administración, políticas de asistencia, consistentes en la extensión de los servicios urbanos. Así, a lo largo de estos años, los gobiernos tuvieron una conducta errática, entre la erradicación y el asistencialismo. El pasaje de una a otra en parte dependió de los azares de la vida política: los gobiernos civiles se mostraron más permeables al diálogo; los partidos políticos se interesaron en los problemas de sus eventuales votantes, y los sindicatos los incluyeron entre sus eventuales apoyos.

El nuevo fomentismo

En muchos aspectos, la historia de estos nuevos asentamientos recorre el camino de los barrios surgidos en la década de 1910 o 1920. Los pobladores debían luchar por el suministro de agua –aumentar el número de canillas distribuidas en la villa- o de electricidad. Necesitaron luego otros servicios y se organizaron para conseguirlos: la extensión de las líneas de colectivos, y eventualmente su entrada en la villa; la construcción de un Jardín de Infantes, una escuela elemental, una Sala de Primeros Auxilios; el suministro de algún tipo de vigilancia policial. La tradición fomentista se recreó en estas villas, y en todos los nuevos asentamientos de los sucesivos cordones del conurbano bonaerense, con muchas de las prácticas tradicionales y algunas nuevas.

No faltaban en la villa quienes estuvieran en condiciones de iniciar el movimiento asociativo. Algunos tenían experiencias previas en el activismo sindical; otros poseían

⁵⁴ Fátima Cabrera vino de Tucumán: su padre, dirigente sindical de un ingenio azucarero fue despedido en 1965 y la madre tomó la decisión de viajar con sus cinco hijos a Buenos Aires; su madre, abuela de Fátima, estaba viviendo en la villa de Retiro. Entrevista a Fátima Cabrera, realizada por Claudia Touris, julio de 2004.

⁵⁵ Así ocurrió con los terrenos de las villas de Retiro: se proyectaron autopistas, una terminal de ómnibus y otros emprendimientos.

habilidades letradas⁵⁶; también colaboraron los trabajadores del experimentado sindicato portuario, vecino a la villa de Retiro –muchos de sus habitantes trabajaban ocasionalmente en el puerto-, que en 1966 había llevado adelante una fuerte huelga contra el gobierno militar. También era útil que alguno de los vecinos tuviera experiencia política fuera de la villa como fue el caso del comunista José Valenzuela. Así lo recuerda Fátima Cabrera:

*Fue muy importante la organización de las comisiones de los barrios y especialmente gente que yo creo tenía una gran experiencia organizativa, por ejemplo (...) José Valenzuela. Él fue presidente 15 años del Barrio Comunicaciones, pero era una persona que ya había tenido una trayectoria como trabajador, de haber estado preso, y de haber estado en luchas de los trabajadores. Aunque era tucumano y la mayoría de la gente del barrio eran boliviana había logrado una comunicación muy grande, la gente lo respetaba muchísimo y lograba convocatoria.*⁵⁷

Pese a que la militancia comunista retrocedió frente a otro activismo, Valenzuela no abandonó la acción, e incluso colaboró con un nuevo tipo de activistas, llegados desde mediados de la década de 1960: los llamados “curas villeros”. La mayoría estaba enrolada en el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo⁵⁸, proclamaron que la liberación era una tarea para este mundo y se propusieron organizar y desarrollar la conciencia de los pobres. Los curas villeros se establecieron en la villas, levantaron parroquias y las convirtieron en la cabecera de servicios, espirituales y sociales, pues ambas cosas eran solicitadas. En Retiro, Carlos Mugica –de una familia tradicional y adinerada- fundó la Capilla de Cristo Obrero, que se convirtió en la institución central del barrio. Al principio, su tarea confluyó con la de los militantes sociales provenientes de la izquierda, con quienes este sector del catolicismo buscaba entablar un diálogo.⁵⁹

En las peculiares circunstancias de estos asentamientos había muchas tareas urgentes, que los propios vecinos debían encarar, sin por ello dejar de solicitar el apoyo de las autoridades. La autogestión y la gestión se desarrollaron de manera completamente entrelazada, tal como aparece en este relato del padre Vernazza, de la villa del Bajo Flores:

A modo sólo de ejemplo se podrán mencionar algunos de los muchos trabajos que se llevaban a cabo: construcción de pasillos -a veces con adoquines solicitados en la Municipalidad-; denominación de los mismos, con nombres propuestos por los vecinos y numeración de las casillas, a fin de facilitar su localización; construcción de piletones para la recolección de la basura; ampliación de la red de cables para la energía eléctrica o cañerías para el agua; colocación y mantenimiento de grifos; instalación de alumbrado público, apertura y mantenimiento de desagües, etc.; etc. Además de estos trabajos

⁵⁶ En Barrio Rivadavia actuó un matrimonio formado por una catequista y un ex maestro, que alfabetizaba a niños y a adultos. Eduardo Blaustein: *Prohibido vivir aquí*.

⁵⁷ Entrevista a Fátima Cabrera, julio de 2004.

⁵⁸ El Movimiento fue fundado en 1967 y llegó a tener unos 500 miembros. Se inspiró en las declaraciones de la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín, donde una parte importante de los obispos asumió la llamada “opción por los pobres”.

⁵⁹ *Del lado de Mugica estaba Roberto Guevara, el hermano del Che, y Roberto Sowell, ambos profesionales del PC, que atendían casos laborales, problemas de divorcios y eran los que estaban allí fogoneando la cosa junto con Mugica y con la comisión vecinal de Pepe Valenzuela, otro buen cuadro del PC.* Entrevista al padre José Meisegeier S.J., realizada por Claudia Touris, junio de 2004.

*habituales, se lograban otros más específicos como la edificación de una salita para el médico, de una guardería o de una capilla. Y algunos emergentes, como la reconstrucción de casillas consumidas por un incendio o reubicación de otras, afectadas por la inundación. Lo destacable es que todos eran realizados, en su inmensa mayoría gratuitamente, por la voluntaria colaboración de los vecinos. A la comisión correspondía, y al cura con ellos, motivarlos, comprometerlos”.*⁶⁰

En el caso de la villa de Retiro, el problema más urgente era la basura: *Se estimulaba la organización para -si el problema era la basura- se exigiera, por ejemplo, cuando llovía, que la Municipalidad recogiera la basura, ir a ver a la Dirección General de Limpieza, etc.*⁶¹

Como se ve, había cosas que los vecinos podían hacer por si mismos, hasta un punto en que, para coronar el esfuerzo, se requería una precisa intervención de las autoridades. Los objetivos de la acción son claros: detrás de cada acción existía el propósito de normalizar la villa, colocarla en la ciudad, urbanizarla, y con ello, defender su derecho pertenencia a la ciudad. La resistencia a la erradicación fue la expresión acabada de esa opción por la integración del colectivo en la ciudad.

La autogestión requirió mucha capacidad organizativa y, sobre todo, talento para aunar voluntades y encaminarlas a un fin común. Comunistas primero y sacerdotes después pudieron desplegar una práctica con una larga tradición por detrás. Los militantes de izquierda y los curas villeros actuaron como promotores, pero en general no ocuparon el lugar de los dirigentes naturales, o al menos lo hicieron con discreción. Otro problema era la gestión ante las autoridades. En las décadas de 1920 y 1930, la política democrática había construido un terreno discursivo común, en el que los dirigentes fomentistas y los funcionarios podían dialogar, sin dificultades de comprensión mutua. En los años sesenta y setenta, la distancia cultural e imaginaria entre la autoridad administrativa y quienes, a ojos de mucho, eran unos intrusos en la ciudad, fue grande. Los dirigentes villeros tuvieron que hacerse duchos en un doble trabajo de traducción: explicar a las autoridades los problemas de los habitantes de la villa, y luego explicar a estos los vericuetos y dificultades de la negociación con la autoridad. Aquí, el apoyo de los militantes fue indispensable.

La clave de una negociación eficaz estuvo en la agregación de los distintos grupos de base. Las seis villas de Retiro llegaron a conformar un cuerpo único. Pero además, las distintas villas de la ciudad formaron organismos de segundo grado. En 1958, bajo el gobierno civil de Frondizi, por impulso del partido Comunista, se organizó la Federación de Barrios y Villas de Emergencia, que llegó a tener el reconocimiento del gobierno municipal y buenos contactos en el Concejo Deliberante, que les permitieron conseguir algunos beneficios. Las relaciones se estrecharon desde 1963, bajo la presidencia civil de Illia, aunque se cruzaron y entramaron con los principales conflictos políticos de la época. La Intendencia intentó manipular las conducciones de las villas; a la vez, el movimiento villero se vinculó con la protesta gremial y acompañó el Plan de Lucha de la CGT en 1964. En 1967 la dictadura del general Onganía desconoció a la Federación y anunció un drástico plan de erradicación de las villas y relocalización de sus moradores, que encendió una fuerte resistencia. En el caso

⁶⁰ Jorge Vernazza, *Para comprender una vida con los pobres: los curas villeros*. Buenos aires, Editorial Guadalupe, 1989, p. 18.

⁶¹ Entrevista a José Meseigeier S.J. realizada por Claudia Touris, junio de 1995.

de Retiro, ese plan no llegó a ponerse en marcha, y desde 1968 el gobierno aceptó dialogar otra vez con los vecinos.

La politización

Hasta aquí, esta historia solo ofrece la constatación de cómo el fenómeno de poblamiento y el fomentismo se fueron repitiendo en los anillos de urbanización sucesivos. Una continuación “normal” de esta historia incluiría la constitución de redes específicamente políticas, su vinculación con las fomentistas y con otras formas asociativas, tal como ocurrió, por ejemplo, en el Gran Buenos Aires a partir de 1983. Pero el fin de los años sesenta y sobre todo los años iniciales de la década de 1970 fueron demasiado singulares como para que la historia tomara ese desarrollo: usando la clásica expresión de Furet, se produjo un derrape. En ese sentido, la experiencia de estos barrios constituye una parte característica de la historia de esos años de revolución.

Antes de 1970, la politización de esta villa había sido escasa. Probablemente la casi totalidad de sus habitantes eran peronistas y tenían esperanzas en el retorno de Perón y, con él, de la edad dorada; sin embargo, el peronismo político no tenía una organización importante, vinculada con el fomentismo. La actividad política estuvo clausurada desde 1966, de modo que no había urgencias electorales. Había muchos militantes de izquierda, particularmente comunistas, pero con bajo perfil partidario, y credenciales ganadas en la acción fomentista, como Valenzuela.

El clima cambió a partir de 1967, y sobre todo desde 1969. El proyecto de Onganía de erradicar la villa⁶², y la forma violenta de ejecutarlo, digna de la colectivización soviética de los años 30,⁶³ llevó a los villeros a sumarse al clima general de protesta, activado desde 1969 por el Cordobazo. Desde entonces, todos los reclamos sociales, grandes y pequeños, se potenciaron y se conjugaron con una lógica agregativa. Nadie dudaba de que había un responsable único: la dictadura y el imperialismo. Los curas villeros no solo fortalecieron la organización fomentista; también colocaron sus reivindicaciones, moderadas y razonables, en un contexto más amplio y adecuado a los tiempos. Así, en la Peregrinación a Luján de los habitantes de las villas, que los curas organizaron en 1969, se pedía por tres intenciones: *Por un techo digno para nuestros hijos; por un salario justo y un trabajo humano; por una Patria sin miseria ni explotación.*⁶⁴

Los curas –que se habían agrupado en un *Equipo de Pastoral de Villas*- ponían en clave de la nueva época revolucionaria los tradicionales reclamos de los villeros. Bajo la consigna *Transformar las villas de emergencia en barrios obreros*, contraponían al plan del Gobierno otra propuesta: construcción de viviendas obreras en los mismos terrenos de las villas, con créditos y utilizando la mano de obra de los mismos interesados; que las empresas estatales

⁶² La Ley de Erradicación de las Villas de Emergencia de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires se proponía dar vivienda a los 70.000 villeros de la ciudad y a los 210.000 del conurbano.

⁶³ (...)los subían a los camiones del ejército, con aquellas pertenencias que alcanzaban a rescatar, los desinfectaban y todo aquello que no habían podido llevar era quemado y aplastado por las topadoras. Patricia Dávalos, Marcela Jabbaz y Estela Molina, *Movimiento Villero y Estado (1966-1976)*. Buenos Aires, CEAL, 1987.

⁶⁴ Vernazza, op. Cit. p. 29-30.

multipliquen los grifos de agua y provean de inmediato las conexiones de energía eléctrica, que la Municipalidad repare calles y pasillos y recoja diariamente la basura.⁶⁵

Demandas razonables pudieron convertirse en levadura revolucionaria debido a la acelerada politización de la villa, que se produjo bajo la dirección de Montoneros y la Juventud Peronista⁶⁶ Desde 1972, abierta la instancia electoral, se abocaron a organizar y encuadrar distintas organizaciones de la protesta social. Los sacerdotes tercermundistas, que en su mayoría habían identificado la “opción por los pobres” con el apoyo al peronismo, facilitaron la instalación en las villas de los jóvenes militantes peronistas. La Villa de Retiro, donde estaba la capilla del padre Mugica, se transformó en un hervidero por donde desfilaban no solamente los militantes de base, sino también figuras públicas del peronismo revolucionario.

*Mugica trae compañeros que empiezan a ayudar la gente, trae médicos, enfermeros, abogados, que ayudaban con la documentación. Era frecuente que él mismo se presentara en las comisariás a reclamar por alguien que estuviera preso (...) Yo empecé a participar con un grupo de la JP, empezamos a juntarnos en la capilla, participábamos del dispensario, de organizar a la gente.*⁶⁷

Los militantes de Montoneros habían sabido calar hondo en el imaginario peronista y realizaron una eficaz tarea de incorporación ciudadana y política de sectores que hasta entonces habían participado poco:

*Nosotros no conocíamos otro peronismo que el peronismo de Montoneros, formando parte de Montoneros logramos un sentido de pertenencia ... desde los universitarios hasta los más bajos niveles de conciencia que digamos que éramos los villeros, todos queríamos organizarnos y cambiar la sociedad y éramos aceptados, no éramos discriminados, una cosa importantísima que pasó para esa época.*⁶⁸

Otro de los participantes agrega:

*Había pibes que venían de vidas muy marginales y cuando empiezan a participar de la vida política, es una mística que se apodera de ellos y eso fue gracias a todo lo que logró nuclear Montoneros. Era una mística y una moral que se impregnaba en los compañeros que después son hombres nuevos. Había un antes y un después de la militancia.*⁶⁹

La Juventud Peronista pobló las villas de militantes, que trabajaron en estrecho contacto con los curas villeros. A mediados de 1972, los adherentes al peronismo se impusieron ampliamente en las elecciones de comisiones vecinales y se abrieron Unidades Básicas en varios barrios. Junto con las nuevas actividades revolucionarias, reeditaron muchas de las tradicionales prácticas y tareas de sociabilidad de la militancia católica de los años '30.

⁶⁵ *Ibíd*em, p.27-28.

⁶⁶ La Organización Montoneros surgió en 1970; su acto fundacional fue la ejecución o asesinato del ex presidente, general Aramburu. Practicó la lucha armada y la movilización de masas, a través de la Juventud Peronista, y desempeñó un papel importante en el triunfo electoral de 1973 y en los tramos iniciales del gobierno peronista. Progresivamente se alejó de Perón, y en 1974 volvió la acción clandestina.

⁶⁷ Entrevista a Orlando Vargas, realizada por Claudia Touris, agosto de 2004.

⁶⁸ Entrevista a Armando Rivero, realizada por Claudia Touris, julio de 2004.

⁶⁹ Entrevista a Orlando Vargas.

Alguna militante debió optar, en un momento de su experiencia en la organización, entre sumarse a los cuadros armados clandestinos o permanecer junto al cura, enseñando a las mujeres villeras a tejer.

Con esos militantes, ubicados en organizaciones sociales, como las villeras y estrictamente controlados por Montoneros, se montó una formidable estructura de movilización, adecuada para la “política de calles” que se inició por entonces y se prolongó hasta finales del año 1974. Desde 1972 la actividad se centró en las elecciones y el ejercicio del gobierno popular resultante. La potencia de Montoneros y todas sus organizaciones –la llamada Tendencia Revolucionaria- se manifestó principalmente por la capacidad para llenar los espacios públicos con manifestantes encuadrados y disciplinados, y consecuentemente, alejar de ellos a los eventuales oponentes. Los villeros constituyeron uno de los componentes del dispositivo de la Tendencia.

La ilusión y su final

La relación entre el fomentismo villero y una militancia revolucionaria que aspiraba a construir junto con Perón la *Patria Socialista* se profundizó cuando, en mayo de 1973, el peronismo llegó al gobierno. Durante los dos meses de la presidencia de Héctor J. Cámpora –que asumió el 25 de Mayo y renunció a principios de julio- el movimiento villero montonero terminó de estructurarse, como Movimiento Villero Peronista, mientras sectores profesionales vinculados con la Tendencia Revolucionaria ocuparon posiciones en la Comisión Municipal de la Vivienda, donde constituyeron la Oficina de Villas y organizaron “mesas de trabajo” con los activistas, para tratar cada uno de los problemas de las villas.

La experiencia de esos dos meses recuerda la de la primavera soviética en febrero de 1917: la movilización de las bases encontraba la respuesta adecuada de los militantes que ocupaban la administración. Unos y otros compartían una convicción: la villa nueva era el camino para la construcción del hombre nuevo.

*...se habían formado mesas de trabajo, así que iba mucho la gente toda la semana a la CMV a esas mesas de trabajo a pedir por áreas. Estaba el área vivienda, el área tierra, materiales, educación, salud. Cada mesa de trabajo tenía una especie de actividad. De cada villa iban los delegados y después había reuniones por villa. Eso era la parte organizativa en los barrios y a nivel de movilización era muy grande, concurría toda la gente”.*⁷⁰

Sin embargo, a esta altura, la historia del movimiento villero ya se entrelazaba con la violenta lucha por el poder entre dos grandes sectores del peronismo: la ya mencionada Tendencia Revolucionaria y el peronismo tradicional, que se organizó en torno de los dirigentes sindicales y de José López Rega, valido de Perón y ministro de Bienestar Social. Ese ministerio, precisamente, se hizo cargo del problema de las villas que –bien se sabía- tenía importancia estratégica. Los partidarios del ministro ganaron posiciones en las direcciones villeras cooptando a algunos de sus dirigentes,⁷¹ eliminaron a los funcionarios de la CMV y lanzaron su propio Plan para las Villas, el *Plan Alborada*, que consistía en una

⁷⁰ Entrevista al padre Rodolfo Ricciardelli, realizada por Claudia Touris, setiembre de 1997.

⁷¹ *López Rega y Norma Kennedy empiezan a caer con muchas frazadas, colchones y estufas a kerosén...rompiendo nuestro movimiento villero”(...*) y *ahí el MVP se rompe también cuando el secretario general de la villa en que yo estaba se pasa a Lealtad*. Entrevista a Armando Rivero.

reedición del clásico proyecto de la erradicación. Se ofrecían nuevos y definitivos conjuntos habitacionales a los habitantes de las villas de emergencias, que previamente debían abandonar sus viviendas.

Una vez más se planteaba la intención gubernamental de erradicar las villas, lo cual se contraponía a la reivindicación de los pobladores, que aspiraban a quedarse y a mejorar sus viviendas, combinando el propio trabajo y la ayuda del estado, para convertir las villas en barrios obreros. Pero se trataba de la propuesta del gobierno popular que todos habían votado, y sobre todo de la palabra de Perón. Los dirigentes villeros fueron a verlo y salieron desalentados: Perón insistió que el objetivo de su gestión era *erradicar totalmente las villas de emergencia, especialmente por los chicos, porque son peligrosas*.⁷² Los militantes villeros sufrieron el mismo desconcierto de otros muchos militantes, sociales y políticos, que constataban que Perón ni se identificaba con la *Patria Socialista* ni podía garantizar, en 1973, la vuelta a los años dorados de su anterior gobierno. Muchos vacilaron: un sector importante se separó de la Tendencia Revolucionario proclamándose leal a Perón, y la división repercutió en el MVP. La misma división se produjo entre los sacerdotes tercermundistas. Carlos Mugica, que probablemente trataba de evitar que la escisión se profundizase, apareció revistando como asesor del odiado Ministerio de Bienestar Social.

La cuestión de las villas se convirtió en una pieza más de un enfrentamiento que en realidad tenía por objetivo último dirimir quien conduciría el peronismo luego de la previsiblemente cercana muerte de Perón. Enfrentados con Perón, Montoneros y la Tendencia mantuvieron la propuesta tradicional de los villeros, convertida entonces en consigna revolucionaria: extraño destino para un fomentismo que, en el fondo, aspiraba a reeditar la clásica “aventura del ascenso”. Daniel James⁷³ ha señalado esta característica de todo el peronismo posterior a 1955: la reivindicación de los mecanismos característicos de la sociedad argentina, móvil e integrativa, la demanda para continuar y extender el clásico proceso de integración, formulada en un contexto modificado por una pauta capitalista más estricta, tenía una dimensión revulsiva, que la hacía difícil de asimilar. Así, acercaba a los demandantes, quizá pacíficos aspirantes a engrosar los “sectores medios”, a aquellas propuestas como la de Montoneros que prometían, mediante un audaz golpe de mano político, un camino rápido para la integración. La “ilusión de la política” comenzó a desvanecerse cuando Perón, ya en junio de 1973, tomó distancia de Montoneros y mostró la incompatibilidad entre la tradicional propuesta peronista, de vuelta a los años dorados, y el confuso programa de una “Patria socialista”.

El 25 de marzo de 1974 el MVP organizó una movilización de villeros a Plaza de Mayo para hacer conocer a Perón cuáles eran las auténticas aspiraciones de esa parte del pueblo. Estaban presente los dirigentes de todos los barrios de la Villa 31 -unas 2000 personas- quienes exhibían banderas de su agrupación y de Montoneros mientras cantaban la marcha peronista y vivaban la consigna *Los villeros con Perón*. En un episodio confuso, un integrante del MVP, Alberto Chejolán fue muerto por una bala policial. Poco después se produjo el episodio del 1º de mayo de 1974, cuando las columnas de Montoneros abandonaron la Plaza, desairando a Perón, y de inmediato, el 11 de mayo, fue asesinado el padre Carlos Mugica, principal dirigente de la villa de Retiro, sin que quedara claro quienes

⁷² *La Nación*, 24 de enero de 1974.

⁷³ Daniel James, *Resistencia e integración*.

habían sido los autores. El 1° de julio murió Perón y el poder quedó en manos de su esposa Isabel y de López Rega: ya no había nada que esperar del gobierno popular.

A fines de 1974 Montoneros decidió pasar a la clandestinidad; aquellos de sus cuadros políticos que no siguieron ese camino quedaron desprotegidos, en momentos en que arreciaba la persecución realizada por la organización terrorista Triple A que organizó López Rega. En 1975 murieron muchos militantes de la Tendencia, incluyendo a dirigentes villeros. Era el comienzo de lo que, desde 1976, fue una persecución sistemática, pues los dirigentes villeros fueron uno de los objetivos principales de la gran cacería humana desatada por la Dictadura militar, que en 1977 completó finalmente el plan de erradicación de las villas. La experiencia fomentista villera terminó en una tragedia, al igual que muchas de las iniciativas societales, quizá un poco utópicas pero básicamente bien intencionadas, que alumbraron en esos años revolucionarios y concluyeron en el escenario de la gran política.

Conclusiones

Hemos examinado las relaciones que se han dado entre el asociacionismo y la vida política urbana, a lo largo de la primera experiencia democrática de la Argentina, en una ciudad – Buenos Aires- ubicada en el plexo mismo de la vida política nacional. Del conjunto de la densa práctica asociacionista, nos hemos concentrado en una forma particular: el fomentismo barrial. En la experiencia de los vecinos que animaron las sociedades de fomento pueden observarse las huellas de dos procesos sociales mayores de la sociedad argentina contemporánea. Uno es su carácter dinámico e integrativo, que culmina a mediados del siglo XX, para experimentar desde entonces dificultades crecientes. En los procesos de incorporación que la caracterizaron, la vivienda propia fue –junto con la educación- el objetivo principal y a la vez el signo de que quienes emprendían la aventura del ascenso y la incorporación habían llegado a una estación importante. Por otra parte, el fomentismo se relacionó con la construcción, material y social, de la ciudad, entendida como lugar de habitar y como espacio político.

La ciudadanía política fue una de las formas de construcción de la ciudad. El asociacionismo en general, y en particular el fomentismo, se ligaron a la vida política, y especialmente al experimento democrático iniciado en 1912. Las sociedades de fomento tuvieron una dimensión corporativa -se trataba de reclamar ante las autoridades, de gestionar- y otra más específicamente ciudadana: militar en las sociedades de fomento y en las organizaciones de base de un partido político requería más o menos las mismas capacidades, y el intercambio entre uno y otro ámbito fue intenso y en las dos direcciones.

En muchos sentidos, las prácticas asociativas contribuyeron a la formación de ciudadanos; en el momento inicial, produjeron una variedad específica, que hemos llamado el “ciudadano educado”. En un cierto sentido, las ideas de Tocqueville, retomadas por Putnam, parecen adecuadas para explicar esa relación. Pero las asociaciones barriales generaron también prácticas y valores muy diferentes. Por ejemplo, se formaron elites dirigentes cerradas, que apelaron a la cooptación y fueron reacias a las formas de acción más específicamente democráticas. Esta variante –que Michels tematizó a principios del siglo XX- puede advertirse muy claramente en los sindicatos, y también en el ámbito del fomentismo. Por otra parte, las relaciones con el estado pudieron derivar, bajo ciertas condiciones, en una creciente presencia del estado o sus funcionarios en las asociaciones. Finalmente, los “ciudadanos educados”, vinculados con una idea de la política como argumentación y negociación, coexistieron con otros activistas, más vinculados con

concepciones facciosas o identitarias de la política, y satisfechos con solo proclamar su disposición a dar la vida por su líder..

En suma, en torno a las aspiraciones y alternativas que tienen permanencia a través del tiempo –como la de la vivienda, que ha sido nuestro eje- la práctica asociativa puede desarrollarse en contextos políticos diferentes, y potenciar en cada uno de ellos alguno de sus elementos constitutivos. Dicho de otro modo, más que “anidar” en ellas a la democracia,⁷⁴ estas asociaciones reflejan en cada coyuntura características del sistema político que tienen causas, razones y explicaciones que las trascienden. Así, lo que hemos hecho en este texto es explicar como el asociacionismo se adecua a tres contextos diversos, y desarrolla en cada caso características diferentes.

En el primer caso, la experiencia fomentista se desarrolló en un escenario republicano y democrático. La nueva política de partidos y el fomentismo se potenciaron recíprocamente, tanto por la apertura de nuevos canales para la gestión política, cuanto por la formación de una base común de activismo ciudadano, que se manifestó simultáneamente en ambas esferas.

Entre 1945 y 1955 el escenario político cambió: el peronismo privilegió la dimensión plebiscitaria de su legitimación y proyectó un avance importante del estado sobre la sociedad y sus organizaciones, aspirando a una unidad de conducción y doctrina. Las unidades básicas, que en un primer momento replicaron el impulso social entre asociativo y político, terminaron como agentes movilizados de manifestaciones plebiscitarias y como agencias estatales para la canalización de demandas sociales.

A fines de los años sesenta el fomentismo volvió a manifestarse, con sus características clásicas, en los barrios de emergencia o villas miseria. Sus demandas, que en definitiva apuntaban a la doble integración de la villa en la trama urbana y de sus habitantes en la sociedad normalizada, se sumaron a un proceso de movilización revolucionaria que envolvió por entonces a la sociedad argentina. Hubo un proceso de participación muy intenso, y también una elección de autoridades, pero la democracia, en cualquiera de sus formas institucionales, no formaba parte central del imaginario político, dominado por la idea de la revolución. Curas villeros y jóvenes militantes peronistas fueron el puente para que el asociacionismo de las villas se integrara en el movimiento que reclamaba la vuelta de Perón y la patria socialista.

La dictadura militar (1976-83) que siguió a esta última experiencia cerró una etapa de la historia de la democracia en la Argentina y abrió otra, sustancialmente distinta. Los horrores de la represión llevaron a una revaloración de principios y valores largamente ausentes de nuestra cultura política. El primero, los derechos humanos como un valor absoluto, y consecuentemente, el descubrimiento de una tradición liberal que a lo largo del siglo XX había ocupado lugares secundarios. Por las mismas razones, se produjo la revaloración de la institucionalidad republicana y de lo que, de manera crítica, había sido calificado como democracia formal. Finalmente, se manifestó una apreciación del pluralismo, la tolerancia y

⁷⁴ Una idea que, influidos por el optimismo de 1983, expusimos con otros colegas (Ricardo González, Leandro Gutiérrez, Juan Carlos Korol, Luis Alberto Romero e Hilda Sabato): Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA), “¿Dónde anida la democracia? La participación popular y sus avatares”. *Punto de Vista*. n° 18, agosto de 1982.

la argumentación, y el rechazo de las formas facciosas de la política. En estos sentidos, la experiencia que se inicia en 1983 poco tiene que ver con la anterior.

Dicho esto, corresponde al menos esbozar todo lo que continúa, aunque probablemente resignificado, en el nuevo contexto. Los partidos políticos fueron menos partidos de ideas que maquinas políticas, altamente profesionalizadas, estrechamente vinculadas con las administraciones estatales, sobre todo en el nivel provincial o en el de la ciudad de Buenos Aires, y por otra parte estrechamente asociadas, en su nivel más bajo, con la red asociacionista territorial -un fenómeno notable en el área del Gran Buenos Aires. Por otra parte, la defensa de los derechos humanos ha generado un vasto movimiento asociativo que alcanzó vida propia y que se relaciona, de una manera diferente, con la política, reclamando la prerrogativa de controlarla, desde una posición no partidaria. Durante la crisis de 2002 hubo en la ciudad de Buenos Aires, donde el fomentismo había perdido fuerza a medida que se redujeron los reclamos vecinales, un brote de movilización barrial y una suerte de reclamo de reconstrucción de un poder popular de base territorial; el fenómeno fue efímero, pero mostró fisuras, debilidades y pérdida de legitimidad de las instituciones representativas. El mayor cuestionamiento a ellas proviene de los movimientos de desocupados, pues el empleo se ha convertido hoy en el centro de la reivindicación popular. La protesta es organizada por las organizaciones llamadas “piqueteras” y su modo de acción ignora las instituciones representativas e interpela al estado desde la calle, la movilización y el “piquete”, al modo como reclamaban las organizaciones villeras en los setenta. No sabemos hoy que futuro tiene la institucionalidad republicana y democrática. Estamos ante una historia de final abierto, y el examen de las experiencias anteriores a 1976 ayuda, sin duda, a desentrañar el enigma.